

ACOMPañAR, CUIDAR E INTEGRAR A LAS FAMILIAS

Hacia una pastoral familiar a la luz de Amoris laetitia



Comisión Episcopal de Laicos y Familia
Conferencia Episcopal Argentina

PRESENTACIÓN

En el marco del Año de la Misericordia, el Santo Padre ha presentado a la Iglesia la Exhortación postsinodal *Amoris laetitia* (Al). Y nos explica el sentido especial que ella adquiere en ese contexto: “*En primer lugar, porque la entiendo como una propuesta para las familias cristianas, que las estimule a valorar los dones del matrimonio y de la familia, y a sostener un amor fuerte y lleno de valores como la generosidad, el compromiso, la fidelidad o la paciencia. En segundo lugar, porque procura alentar a todos para que sean signos de misericordia y cercanía allí donde la vida familiar no se realiza perfectamente o no se desarrolla con paz y gozo*”¹.

La Iglesia en la Argentina recibe con gozo y entusiasmo su Magisterio, y se encamina a descubrir las orientaciones que nos entrega el papa Francisco en su Exhortación apostólica.

El matrimonio y la familia posee una amplia y valiosa trayectoria de reflexión y actuación pastoral en el Pueblo de Dios, que peregrina en la Argentina. Podemos mencionar, por ejemplo, las recientes *Orientaciones Pastorales 2015-2017*, en las que se ubica la pastoral familiar entre las áreas pastorales destacadas; o recordar que ya en el *Documento de San Miguel* se resaltaba la importancia de la familia², se advertía sobre la pérdida de valores que la amenazaban, y se ofrecían recomendaciones para la pastoral familiar que aun hoy tienen plena vigencia.

En tiempos más recientes, el documento *Navega mar adentro* hace referencia a la crisis del matrimonio y la familia³, a la vez que confirma el aprecio que de los mismos tiene nuestro pueblo⁴ y se los considera uno de los bienes más preciosos de la humanidad. También allí se entiende que la familia se encuentra entre las acciones potencialmente muy

¹ Al, 5.

² DOCUMENTO DE SAN MIGUEL, CEA 1969, Cap. VII, *Familia y Demografía, Conclusiones 1-7*.

³ NAVEGA MAR ADENTRO, CEA 2003, n. 40-44; 23.26.

⁴ *Ibidem*, 28.

evangelizadoras⁵. Ya con anterioridad, en las *Líneas Pastorales para la Nueva Evangelización*, reconocía la centralidad de la familia para la trasmisión de la fe y la acción evangelizadora⁶.

En esta trayectoria reflexiva sobre la pastoral familiar, no se puede pasar por alto el *Directorio de Pastoral Familiar*⁷, y luego el precioso texto sobre *La Familia, imagen del amor de Dios*⁸, en el que se profundiza sobre las ambigüedades en referencia a la vida, la familia y algunas cuestiones éticas.

Finalmente, no podemos prescindir de los *Aportes para la Pastoral Familiar de la Iglesia en Argentina*⁹, un documento que se detiene y profundiza sobre la realidad vincular del matrimonio y la familia en el contexto cultural actual, y brinda elementos muy valiosos para la reflexión y acción pastoral en esta área.

En este marco de contextualización histórica nos colocamos ahora con el objetivo de acercar la actual Exhortación del papa Francisco sobre la familia, a fin de colaborar con la aplicación pastoral de este gran documento del Magisterio pontificio. Esa aplicación compete a los equipos de pastoral familiar, y a las personas comprometidas en esa tarea apostólica en las diócesis y parroquias, orientados por el Obispo diocesano.

La Comisión Episcopal de Laicos y Familia (CELAF) ofrece este subsidio en orden a la vida y pastoral familiar. Es una ayuda destinada a los laicos y sacerdotes que llevan adelante su apostolado en medio de los matrimonios y familias.

Esta reflexión y catequesis nos acercan a los criterios pastorales fundamentales ofrecidos en el documento postsinodal; y pretenden suscitar, en el mismo espíritu de *Amoris laetitia*, una renovada y atrayente pastoral familiar que presente la bondad y belleza de la familia.

⁵ *Ibidem*, 82; 97a.

⁶ LÍNEAS PASTORALES PARA LA NUEVA EVANGELIZACIÓN, CEA 1990, n. 3.

⁷ DIRECTORIO DE PASTORAL FAMILIAR, CEA, 1995.

⁸ LA FAMILIA IMAGEN DEL AMOR DE DIOS, CEA, 2003.

⁹ APORTES PARA LA PASTORAL FAMILIAR DE LA IGLESIA EN LA ARGENTINA, Comisión Episcopal de Laicos y Familia (CELAF), 2009.

Acompañar, cuidar e integrar a las familias es un subsidio que no agota los numerosos temas sobre el matrimonio y la familia. Una lectura pausada y serena de *Amoris laetitia* permitirá profundizar y ampliar los temas de interés.

La Comisión Episcopal acompaña y promueve la tarea de numerosos laicos y sacerdotes, que ordinariamente salen al encuentro de los matrimonios y las familias, para acompañarlos, cuidarlos e integrarlos en la vida y comunidad eclesial.

Convocada y animada por el papa Francisco, la CELAF, quiere contribuir y “orientar la reflexión, el diálogo o la praxis pastoral y, a la vez, ofrecer aliento, estímulo y ayuda a las familias en su entrega y en sus dificultades”¹⁰.

Los obispos de la CELAF agradecemos el servicio y los aportes recibidos del Secretariado Nacional para la Familia, de los institutos universitarios de familia de la Universidad Católica Argentina y la Universidad Austral, de la Fundación Arché, y de los laicos que contribuyeron para una mejor comprensión de *Amoris laetitia*.

Comisión Episcopal de Laicos y Familia
Conferencia Episcopal Argentina

¹⁰ *Al*, 4.

Primera Parte

LA ALEGRÍA DE VIVIR EN FAMILIA

1.1.- NUESTRAS FAMILIAS

***Amoris laetitia*: una foto familiar que nos hace pensar**

Amoris laetitia (*La alegría del amor*) nos presenta una reflexión y catequesis sobre uno de los temas fundamentales en la vida de toda persona: la familia. Lo hace con un estilo cercano, comprensivo y respetuoso.

A su vez, nos orienta hacia un nuevo tiempo de la pastoral familiar de la Iglesia, y promueve una nueva modalidad de servicio a los matrimonios y las familias.

El Papa, durante más de dos años, se detuvo a contemplar la realidad que atraviesan actualmente las familias en todo el mundo, sus alegrías y tristezas, sus búsquedas, miedos y preocupaciones, sus fortalezas y también sus fragilidades.

De la misma manera que Jesús, los cristianos nos descubrimos llamados a “*mirar con ojos de ternura y compasión*”¹¹ a las familias; y comprender con misericordia cómo impacta el contexto familiar en cada uno de sus integrantes.

La Iglesia valora a todas las familias

Nuestras familias son valiosas en la vida de la Iglesia. La Exhortación del Santo Padre pone de manifiesto el camino y discernimiento, trazado por

¹¹ Cf. Mc 6,34; Mt 15, 32

la Iglesia en torno a la familia –una dimensión tan significativa en la vida de cada persona– para que asumamos nuevos compromisos en el proceso de acompañarla.

Durante la lectura de este documento, cabe imaginar al Papa sentado a la mesa de nuestros hogares y percibir su deseo de encontrarse con cada uno de nosotros. Las palabras de *Amoris laetitia* en su boca nos **anuncian** la *buena noticia del matrimonio y la familia*, descubriéndonos su belleza.

Todos vivimos y pertenecemos a una familia. ¡Qué importante es la familia para cada uno de nosotros! De hecho, solemos decir: “La familia es lo primero”, “Soy capaz de dar la vida por ella”, etc.

No existe ser humano que pueda pensarse a sí mismo, o proyectar su vida, sin afirmar sus vínculos familiares. Nacemos de un padre y de una madre, y la realidad familiar nos acompaña desde el principio hasta el fin de nuestras vidas.

Más aún, Nuestro Dios y Señor se presenta a sí mismo y se explica con la imagen de los vínculos familiares. Es así como el amor familiar es un bello reflejo de la Trinidad.

También, la misma puerta por la que se revela Jesucristo, el Señor, y nos ofrece a todos su salvación, es una familia concreta, formada por María, José y el mismo Jesús.

A diferencia del Ser amoroso de Dios, los seres humanos vivimos en familias imperfectas, así como lo podemos comprobar en las Sagradas Escrituras, donde se nos habla de ello desde sus primeras páginas:

Al, 8. La Biblia está poblada de familias, de generaciones, de historias de amor y de crisis familiares, desde la primera página, donde entra en escena la familia de Adán y Eva con su peso de violencia, pero también con la fuerza de la vida que continúa (cf. Gn 4), hasta la última página donde aparecen las bodas de la Esposa y del Cordero (cf. Ap 21,2.9). Las dos casas que Jesús describe, construidas sobre roca o sobre arena (cf. Mt 7,24-27), son expresión simbólica de tantas

situaciones familiares, creadas por las libertades de sus miembros, porque, como escribía el poeta, «toda casa es un candelabro».

El gozo y la gloria de Dios en el corazón de cada familia

Afirmamos y celebramos que Dios “habita gozosamente en cada familia”¹². En ellas, y desde la familiaridad cotidiana, damos gloria a la Trinidad y alabamos a Dios.

En la cotidianeidad y variedad de los momentos familiares tomamos contacto con su presencia amorosa, que se revela en rostros, gestos, vivencias, aprendizajes, como también en las experiencias humanas de fragilidad, dolor y tristeza.

Cuando miramos y abordamos esas experiencias con ojos y espíritu de fe cristiana, ellas nos descubren la cercanía de Dios, y así comprendemos que Él camina a nuestro lado y se compromete siempre.

La gracia de Dios, que se derrama en la sencillez de cada acontecimiento familiar, repercute de manera concreta y se manifiesta en nosotros. Las palabras de la primera carta de San Juan nos recuerdan: “[...] *porque el amor procede de Dios, y el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios*” (1 Jn 4,7).

Capacitados para amar

El amor entre nosotros es una respuesta que pone de manifiesto esa capacidad de amar, que Dios nos ha regalado al crearnos. Y podemos amar y crear si asumimos el don y regalo de Dios de sabernos amados y reconocernos valiosos.

Es posible amar, sanar, crear y ser fecundos porque “*el amor de Dios se derramó en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado*” (Rm 5,5). Su Amor se derrama y hace su morada entre nosotros.

¹² *Al*, 314; 315.

Y a partir de esa presencia nace la verdadera alegría, la que da lugar a vínculos amorosos y llenos de respeto. En esa alegría, apreciamos el valor de cada persona y valoramos su dignidad, dada por Dios, que es quien nos crea y habita.

Agradecidos por el amor recibido

Cuando la Iglesia celebra la gracia y el don del Bautismo, vuelve la mirada agradecida sobre el acto amoroso y creador de Dios, por el que nos llama a la vida.

Dios nos llama a la vida con un amor incondicional, inmerecido y gratuito.

Cuando somos bautizados, además de ser incorporados a la Vida Nueva que se nos da en Cristo, el sentido de la celebración bautismal trae a la memoria y al corazón lo que el Creador y Padre nos quiere hacer sentir: *“somos amados incondicionalmente”*. Esa expresión y realidad funda y alienta la vida. Ella es principio y fundamento de todos nuestros actos de amor. Su luz nos dignifica, valora y, por sobre todas las cosas, nos alegra profundamente.

La conciencia de sabernos amados así, con un amor incondicional y gratuito, nos dispone para amar como Dios ama.

Ese amor nos recuerda el sueño que Dios tiene para cada uno de nosotros. Así lo escuchamos en boca del profeta Jeremías: *“Porque yo conozco muy bien los planes que tengo proyectados sobre ustedes –oráculo del Señor–: son planes de prosperidad y no de desgracia, para asegurarles un porvenir y una esperanza”* (Jer 29,11).

La alegría del amor primero, sin condiciones, motiva el amor misericordioso en las personas y en la comunidad.

Arraigada y afianzada en esas convicciones, *Amoris laetitia* nos propone una pastoral matrimonial y familiar construida:

- **Desde el amor incondicional:** sólo cuando experimentamos la vivencia de sabernos amados por Dios incondicionalmente, logramos transitar con esperanza y en paz los procesos de crecimiento y maduración afectiva.
- **Con mirada comprensiva:** ante innumerables hermanos que buscan sin acertar, y ante quienes aún no se han descubierto amados.
- **En la dinámica de la alegría:** estimulando una sana valoración y estima personal, que favorezcan la promoción y construcción de los vínculos afectivos y las relaciones familiares.

Presencia y acompañamiento para que tengamos Vida

Tan misericordioso es el amor de Dios, que ya desde la misma creación nos acompaña haciéndose presente en lo más íntimo de nuestro ser.

Por el Bautismo nos convertimos en “templos del Espíritu Santo”. La vida de Dios se esconde en el sagrario de nuestra existencia, y la habita, capacitándola y haciéndole oír su voz en la intimidad de su ser. Ese lugar interior es la conciencia.

Podemos afirmar, sin duda alguna, que, en la conciencia, Dios nos descubre su Palabra, nos recuerda su amor incondicional y nos presenta la Ley del Amor. Allí se nos revela e ilumina el andar de nuestra vida y de nuestros compromisos.

Desde la más tierna edad, quiere mostrarnos su designio (plan) sobre el hombre y la mujer; nos presenta el camino de salvación, y nos mueve a obrar el bien y a luchar contra el mal.

Nos habita, nos habla en la intimidad del corazón y nos invita

Los cristianos aprenderemos a entrar en el propio corazón y descubrir cómo Dios nos llama, despertando así la **vocación particular** a la que somos llamados, en orden a nuestro propio bien y al de nuestros hermanos.

En el corazón del bautizado, Dios motiva también otras llamadas a lo largo de la vida. A través de las “mociones (movimientos) espirituales” Dios anima y conduce a la plenitud de Su amor, cuya madurez se expresa en los vínculos afectivos y en los compromisos que brotan del amor entre un hombre y una mujer.

La Exhortación postsinodal reflexiona sobre el rol pastoral de la comunidad eclesial y de sus pastores, recordándoles que están llamados a redescubrir y afirmar el espacio y lugar sagrado de la conciencia; y resalta lo importante de su revalorización, formación e iluminación. Esta nota o acento pastoral nos permitirá acompañar con respeto, sabiendo que Dios obra de un modo paciente y progresivo en la vida de las personas. El Señor Jesús lleva a cada persona por el camino de la vida “como un padre o una madre que cuida y toma de la mano a su hijo”, y lo alienta a crecer.

La Iglesia, Madre y Maestra de los cristianos, vive con esperanza lo que la gracia obra en el corazón de sus hijos y discípulos; ofreciendo también los ámbitos y las ayudas oportunas y propicias, para que cada uno de ellos pueda tener experiencia del Amor que nos santifica.

Aprendamos a discernir

Seguramente, en el transcurso de la vida, un cristiano tenga que hacer uno o más discernimientos. Se nos plantean dudas e interrogantes, variedad de opciones y propuestas, la necesidad de tomar tal o cual decisión, elegir este u otro camino, etc. La vida personal, laboral, matrimonial y familiar se ven interpeladas y comprometidas. En esos momentos y situaciones se

necesita de la luz que nos da la fe, y de la gracia, para buscar y hallar cuál es la voluntad de Dios.

A esa búsqueda de claridad, y a su dinámica de elección en la toma de decisiones en la vida cristiana, la conocemos como **discernimiento espiritual**.

Ese discernimiento nos permite “clarificar y comprender” cómo somos motivados y conducidos por el Espíritu Santo; y también, nos advierte para estar atentos a las tentaciones, que están siempre al acecho procurando confundirnos y apartarnos del camino de la gracia.

Favorezcamos en la vida personal y comunitaria el aprendizaje del discernimiento espiritual. Integrémoslo más en la vida pastoral. Entremos con mayor confianza al interior del corazón y distingamos y discernamos lo que nos pasa en la vida a la luz del Espíritu Santo. Es Él quien mueve nuestros corazones a un amor real y comprometido, y evita que nos dispersemos por caminos insustanciales.

1.2.- MISIÓN EVANGELIZADORA DEL PUEBLO DE DIOS

Es tiempo “de salida”: ¡lleguemos a todos!

La Iglesia, como Pueblo de Dios, tiene que descubrirse “en salida”. La comunidad cristiana tiene una “alegría para anunciar”. Su anuncio entusiasta debe llegar a todos los hombres, especialmente a los más frágiles y necesitados del amor de Dios. A ellos es a quien Dios quiere acercarles su llamada a vivir en familia y a insertarse en la comunidad eclesial. El amor de Dios, que anida en nosotros, busca romper todo aislamiento e incomprensión, que conducen a la soledad, al abandono y a la exclusión, y suscita en nosotros un camino de mayor plenitud y felicidad.

Así nos dice el Santo Padre en *Amoris laetitia*:

AI, 297. Se trata de integrar a todos, se debe ayudar a cada uno a encontrar su propia manera de participar en la comunidad eclesial, para que se sienta objeto de una misericordia «inmerecida, incondicional y gratuita». [...]

Lo propio de la pastoral familiar es anunciar la buena noticia del matrimonio y la familia. Aquellos que se comprometan en esta pastoral, darán verdadero testimonio acerca del sentir de la Iglesia sobre la familia:

AI, 1. La alegría del amor que se vive en las familias es también el júbilo de la Iglesia. [...] [*Por lo cual*] «el anuncio cristiano relativo a la familia es verdaderamente una buena noticia».

Salir para anunciar, no para condenar

Con renovada insistencia *Amoris laetitia* nos convoca a salir al encuentro de toda persona y realidad familiar, no para condenarla sino para comprenderla y alentarla a buscar a Dios, y permitir que su gracia penetre y transforme los corazones.

Los cristianos “en salida” vivirán atentos a sus hermanos, y los cuidarán, descubriéndose ellos mismos urgidos por el anuncio del amor misericordioso de Dios, que es quien sabe capacitarnos, formarnos y acompañarnos para que podamos vivir en familia.

El anuncio no desconoce la imperfección y fragilidad humanas

La Exhortación apostólica nos advierte sobre un riesgo en el anuncio de la verdad sobre el matrimonio y la familia. No cabe duda de que el matrimonio cristiano es signo de la alianza perfecta del amor de Jesús por su Iglesia. Sin embargo, no debemos desconocer que ese signo se encuentra inevitablemente con el límite de la imperfección y la fragilidad de la condición humana. Por eso, es necesario estar atentos para no

quedar enredados en una exigencia no bien comprendida respecto de la invitación, que hace la Iglesia, a caminar hacia el hermoso ideal de la perfección del matrimonio y la familia –expresado en la alianza de Cristo con su Iglesia–, y jamás renunciar a la inspiración que esa alianza significa en la vida de los contrayentes. No debemos olvidar que el Señor Jesús acompaña el crecimiento de cada persona, dándole la gracia necesaria para progresar conforme a las circunstancias y a las posibilidades reales en las que ella se encuentra.

Al, 36. [...] Otras veces, hemos presentado un ideal teológico del matrimonio demasiado abstracto, casi artificiosamente construido, lejano de la situación concreta y de las posibilidades efectivas de las familias reales. Esta idealización excesiva, sobre todo cuando no hemos despertado la confianza en la gracia, no ha hecho que el matrimonio sea más deseable y atractivo, sino todo lo contrario.

La pastoral familiar, en cualquiera de sus dimensiones, tendría que alentar el crecimiento en el amor, y ofrecer ámbitos de un respetuoso acompañamiento, que anime a sus destinatarios a vivir con esperanza y alegría el amor misericordioso de Dios.

Las fragilidades, heridas e incluso la misma realidad de pecado, se convierten, en el diálogo y acompañamiento pastoral, en oportunidades para el anuncio del amor misericordioso que transforma y sana.

Actitudes y acciones propias de la caridad pastoral

De manera insistente, *Amoris laetitia* usa a lo largo de todo el texto tres verbos, que sintetizan muy bien la tarea de los pastores y de los agentes de pastoral familiar al servicio del matrimonio y la familia: **acompañar, cuidar e integrar.**

ACOMPañAR - ACOMPañARNOS: será este el modo cristiano de vincularnos y alentarnos en nuestras comunidades. La Iglesia, mediante sus miembros, desea “caminar al lado”, valorando y respetando la realidad del otro.

De esta manera, la acción pastoral y evangelizadora de la comunidad eclesial debería nacer de un encuentro, y dar lugar a un testimonio fresco y atractivo de la buena noticia de la familia. El encuentro y el acompañamiento exigen respeto y confianza hacia la otra persona.

Así, el servicio y la ayuda brindados a las personas y a sus familias serán beneficiosos si se reconocen y valoran sus reales posibilidades para el crecimiento y la maduración en el amor.

Por lo tanto, el modo y estilo propios de la pastoral familiar en el acompañamiento de los matrimonios y las familias tendrá que ser cercano, comprensivo y familiar. Sólo así el acompañamiento y anuncio de la Iglesia estarán al servicio de la vida y fecundidad de sus hijos.

CUIDAR - CUIDARNOS: Numerosas imágenes del Evangelio nos presentan la prontitud, disponibilidad y misericordia de Dios con todos sus hijos, pero especialmente con quienes más lo necesitan. La ternura, el amor y la predilección por los débiles, frágiles, enfermos, pecadores, están inscritos en el corazón de Dios. La Iglesia, en su Nombre y con fidelidad, está llamada a cuidar a los hombres y mujeres que más requieren del amor y la misericordia de Dios.

Urge a la comunidad eclesial cuidar y sanar a quienes se alejaron del amor (amor extraviado), a quienes más lo necesitan, y a los que en medio de sus fragilidades buscan sinceramente a Jesús. La Iglesia cuida evangélicamente a sus hijos cuando mira sus fragilidades y heridas, no como algo que aleja, sino como oportunidades para experimentar la misericordia de Dios, que nos vuelve a llamar siempre.

También la Iglesia cuida, cuando con humildad y respeto entra en la historia concreta de las fragilidades de sus hijos, y las comprende; y como el buen samaritano, los carga sobre sus propios hombros para curarlos, y ayudarles a descubrir que las cicatrices del pasado son señales de la misericordia de Dios, que perdona y sana.

La Iglesia procurará ser testigo del Espíritu del Señor¹³, saliendo decididamente a vendar las heridas y a sanar sin miramientos humanos, evitando la hipocresía y el fariseísmo.

INTEGRAR – INTEGRARNOS: Por el Bautismo recibido nacimos a la vida de los hijos de Dios y pertenecemos a la familia del Señor. Y lo afirmamos no por nuestros méritos, sino por Su gran amor. Su amor nos hace hijos para siempre. He aquí la buena noticia que confronta abiertamente el desánimo o la desesperanza: ¡Siempre lo seremos! Con San Pablo nos animamos a decir: *“¿Quién podrá entonces separarnos del amor de Cristo? ¿Las tribulaciones, las angustias, la persecución, el hambre, la desnudez, los peligros, la espada? En todo esto obtenemos una amplia victoria, gracias a aquel que nos amó”* (Rom 8,35-37). Nadie que busque al Señor tendría que sentirse fuera de la familia de Jesús, de la comunidad eclesial, de su Iglesia.

Pertenecemos a ella porque Él así lo ha querido. Y todos los creyentes debemos esforzarnos por vivirlo de esa manera, y procurar que los demás hermanos lo vivan y sientan de la misma manera.

Siempre que cuidemos y acompañemos a los demás, asumiremos la misión evangelizadora de la Iglesia, que no teme salir al encuentro de los matrimonios y las familias. Deseamos que todos los bautizados se sientan integrados en la familia eclesial.

A veces, y de manera errónea, se llega a pensar, ante los fracasos matrimoniales, que quienes los viven irremediamente están fuera de la comunidad (excomulgados). En realidad, deberíamos procurar que los

¹³ Cf. Lc 4,18

que padecen esos extravíos se sientan aún más acompañados e integrados en ella, ya que es el lugar imaginado por Dios para experimentar alivio, consuelo, perdón y fortaleza. Así, en una integración abierta, todos damos testimonio de las maravillas que la misericordia de Dios obra en sus hijos muy amados.

Necesitamos aprender a integrar más y mejor a los bautizados que no han sabido o no han podido permanecer fieles. ¿Quién de nosotros ha sido siempre fiel y no tuvo necesidad de recurrir a la misericordia de Dios?

Inspirados en la Exhortación del Papa, necesitamos ser una Iglesia que “abra puertas”, que “salga al encuentro”, “que se deje encontrar”, para dar testimonio del amor misericordioso de Dios que comprende, perdona e integra.

Posiblemente tengamos que reconocer que, con frecuencia, nos cuesta integrar, porque eso provoca cierta inseguridad. *Amoris laetitia* nos anima a acoger sin juicios ni condenas a los hermanos y las hermanas que se alejaron y buscan a Jesús, o no lo conocen, pero en su alma tienen sed de Dios.

Cuando la comunidad integra misericordiosamente, se renueva, fortalece y da testimonio del amor inmerecido que ella misma recibió. La paz y la alegría serán los frutos de este impostergable compromiso comunitario.

Acompañar, cuidar, integrar: tres insistencias que nos colocan fielmente en el espíritu con que el Señor conduce y ayuda a crecer a sus hijos.

Al servicio del amor: prontos para ofrecer la misericordia de Dios

En ese modo evangélico de estar presente entre los hermanos a quienes queremos servir, encontramos la mayor exigencia que nos presenta el Evangelio del Señor Jesús: **ofrecer la misericordia de Dios.**

Todos la necesitamos. Todos.

La misericordia es el corazón de la buena noticia, ella es la que da solidez a los propósitos y es esperanza para nuestros anhelos. Sin ella, no podríamos asumir compromisos duraderos; la necesitamos para fundarlos y sanarlos, para imaginarlos y concretarlos.

La Virgen María, en la Anunciación, canta la misericordia de Dios¹⁴. Su maternidad se inició con el milagro de la misericordia en la pequeña hija de Sion. El milagro fue llevar en su seno a la misma Misericordia. Y su alegría fue anunciarla.

La misericordia da vida, la preserva y la acompaña, la sana y la perfecciona.

La misericordia es la expresión del amor de Dios hacia sus criaturas. Es así como los servidores de los matrimonios y las familias están llamados a anunciar el camino del amor y de la misericordia, que convierte a las personas en esposos, a los esposos en padres, ya los padres en familias, conformes al proyecto amoroso de Dios.

Los agentes de pastoral familiar deberían evitar anunciarse a sí mismos; por el contrario, su misión consiste en salir de sí y dar testimonio de esa misma invitación, que los atraviesa en su propia realidad matrimonial y familiar.

Al, 310. No podemos olvidar que «la misericordia no es sólo el obrar del Padre, sino que ella se convierte en el criterio para saber quiénes son realmente sus verdaderos hijos. Así entonces, estamos llamados a vivir de misericordia, porque a nosotros en primer lugar se nos ha aplicado misericordia». No es una propuesta romántica o una respuesta débil ante el amor de Dios, que siempre quiere promover a las personas, ya que «la misericordia es la viga maestra que sostiene la vida de la Iglesia. Todo en su acción pastoral debería estar revestido por la ternura con la que se dirige a los creyentes; nada en su anuncio y en su testimonio hacia el mundo puede carecer de misericordia». Es verdad que a veces «nos comportamos como controladores de la gracia y no como

¹⁴ Cf. Lc 1, 46-55

facilitadores. Pero la Iglesia no es una aduana, es la casa paterna donde hay lugar para cada uno con su vida a cuestas».

Subyacen a esta cita de *Amoris laetitia* aquellas palabras que el papa Francisco pronunció al terminar la primera etapa del itinerario sinodal. En su discurso final, nos presentó algunas ayudas y criterios para comprender y transformar el corazón desde la misericordia. Nos propuso evitar algunas tentaciones¹⁵:

1.- La tentación del **endurecimiento hostil**, es decir, el querer cerrarse dentro de lo escrito (*la letra*) y no dejarse sorprender por Dios, por el Dios de las sorpresas (*el espíritu*); dentro de la ley, dentro de la certeza de lo que conocemos y no de lo que debemos aún aprender y alcanzar. Desde los tiempos de Jesús, es la tentación de los celantes, los escrupulosos, los diligentes y de los así llamados –hoy– «*tradicionalistas*», y también de los intelectualistas.

2.- La tentación del **buenismo destructivo**, que en nombre de una misericordia engañadora venda las heridas sin antes curarlas y medicarlas; que trata los síntomas y no las causas y las raíces. Es la tentación de los «*buenistas*», de los temerosos y también de los así llamados «*progresistas y liberales*».

3.- La tentación de **transformar la piedra en pan** para romper un ayuno largo, pesado y doloroso (Lc 4,1-4), y también de **transformar el pan en piedra** y tirarla contra los pecadores, los débiles y los enfermos (Jn 8,7), es decir, transformarlo en «*cargas insoportables*» (Lc 11, 46).

4.- La tentación de **bajar de la cruz**, para contentar a la gente, y **no permanecer allí**, para cumplir la voluntad del Padre; de ceder al espíritu mundano en lugar de purificarlo y conducirlo al Espíritu de Dios.

5.- La tentación de **descuidar el depósito de la fe** (“*depositum fidei*”), considerándose no custodios sino propietarios y dueños, o, por otra parte, la tentación de descuidar la realidad utilizando una lengua minuciosa y un lenguaje pulido para decir muchas cosas y no decir nada.

¹⁵ PAPA FRANCISCO, *Discurso en la clausura de la III Asamblea Extraordinaria del Sínodo de los Obispos*, 18 de octubre de 2014.

Queridos hermanos y hermanas, las tentaciones no nos deben ni asustar ni desconcertar, y ni siquiera desalentar, porque ningún discípulo es más grande que su maestro. Por lo tanto, si Jesús fue tentado –y además llamado Belzebú (Mt 12,24)–, sus discípulos no deben esperar un trato mejor.

Encontrarnos con cada persona y cada familia

El **encuentro** con las familias y su realidad nos mostrará la riqueza de los dones y recursos existentes en ellos, y que nos mueven, en primer lugar, a dar gracias a Dios por la obra que ha comenzado allí. Y, al mismo tiempo, nos posibilitarán imaginar con ellos mismos, una mejor respuesta a la invitación del Señor a vivir el ideal cristiano del matrimonio y la familia.

Se hace imperiosa la salida al encuentro de las familias en sus hogares, promoviendo en medio de ellas distintos ámbitos celebrativos y evangelizadores, que permitan descubrir y renovar los compromisos madurativos a los que Dios los llame.

Salir a su encuentro es entrar en sus hogares, donde está el verdadero escenario de la vida y de la pastoral familiar; es compartir la mesa, tocar sus heridas causadas por la pobreza, el hambre o la falta de empleo.

En esos contextos anunciaremos que la belleza del matrimonio y la familia no está dada sólo en los logros y las virtudes que se pudiera haber alcanzado, sino también en las pequeñas respuestas cotidianas cargadas de fidelidad progresiva, que asumen las elecciones y los compromisos posibles en medio de los límites y las dificultades que las familias experimentan.

En ese caminar fiel y progresivo los cristianos vivirán interiormente una sana tensión, que es respetuosa de las propias posibilidades, y que al mismo tiempo los incita a no desanimarse ni a detenerse.

1.3.- INICIO DE LA VIDA Y VOCACIÓN FAMILIAR

El verdadero comienzo

A veces, de manera errónea, pensamos que la vida matrimonial y familiar se inicia en la vida adulta. Y eso conlleva planteamientos inadecuados en el análisis de los desafíos para la pastoral familiar.

Es así como *Amoris laetitia* describe abundantemente las carencias que acompañan la reflexión y la puesta en práctica del servicio a los matrimonios y a las familias.

Es fundamental que volvamos la mirada sobre el Bautismo. Su descubrimiento, comprensión y vinculación con el sacramento del Matrimonio nos permitirán despertar a nuevos compromisos y señalamientos pastorales, que redunden en beneficio del anuncio del matrimonio y la familia.

Vida y vocación nacen juntas

El inicio de la vocación (llamada) a la vida familiar está en la vida que comienza cuando somos bautizados. Allí, en el Bautismo que nos hace “hijos”, se nos propone para nuestra vida la pedagogía de la filiación.

Dios nos llama y nos hace hijos suyos, y nos convoca a una relación de amor con Él, presentándose como Padre lleno de amor y de ternura.

En el Bautismo los cristianos nacemos a la vida como hijos y también como hermanos de un mismo Padre. El vínculo fraterno será para siempre otra instancia que nos permitirá dar testimonio ante el mundo de que somos “hijos suyos”¹⁶. La vida recibida se despliega y se entiende desde estos primeros vínculos familiares. Dios Padre no duda en

¹⁶ Cf. Gal 4,6

llamarnos “hijos suyos muy amados”, y no deja de soñarnos “hermanos entre nosotros”.

La comunidad familiar y eclesial: ámbitos para crecer

Decimos, además, que, al recibir la gracia bautismal, somos incorporados a la familia de la Iglesia, pertenecemos al Pueblo Santo de Dios.

La vida que se nos regala necesita la familiaridad. Así como nacemos de un padre y de una madre que nos reciben, también en el plan salvífico de Dios, la comunidad eclesial se nos presenta como ámbito para vivir y permanecer en el amor recibido.

Es la comunidad eclesial la que, como madre tierna y fiel, tiene que ayudar a crecer y acompañar a sus hijos, engendrados por la gracia de Dios en su seno.

Como hijos, deberán ser integrados a su vida, para encontrar en ella el estímulo y consuelo, la constante y paciente enseñanza, el camino que cuida y perfecciona la vida recibida, el perdón y la misericordia que nos regala Jesucristo. Es decir, la misión de la comunidad eclesial es la de cuidar y promover la vida nueva de sus hijos.

El papa Francisco nos recuerda que, en nuestras comunidades, no tiene que faltar el espíritu y estilo familiar, que hacen de ellas una “matriz” que gesta, acompaña y da vida a sus hijos.

Es importante examinar cómo vivimos la vida comunitaria, y evitar que se produzca una contradicción entre lo que vivimos y lo que celebramos en la fe.

Movidos por un deseo de mayor fidelidad al Señor, es bueno que los integrantes de la comunidad revisemos el modo de tratarnos; eso impactará de manera directa en la misión: ser cercanos y servidores los unos de los otros, acortando distancias y mitigando la frialdad que pueda aparecer al acompañar.

No existe ninguna razón por la que una comunidad pueda justificar la exclusión o desatención de quien tiene sed de Dios.

La vida bautismal guarda y despliega la potencialidad de los vínculos

El germen de vida nueva que se nos da en el Bautismo está llamado a desarrollarse y a dar frutos de amor en cada una de las etapas de la vida familiar, conforme a la verdad y capacidad personal.

Hemos afirmado que el Espíritu Santo hizo de nosotros un lugar donde residir, expresando de este modo su fiel compromiso de caminar con cada persona el propio y misterioso sendero de su vida.

Desde muy pequeños, Dios nos revela su designio (plan) creador, quiere compartir con nosotros su sueño. Nos propondrá vivir tal como nos creó: *“a imagen y semejanza suya”* (Gn 1,26).

La Iglesia nos recuerda que esa gracia recibida en el Bautismo madurará en opciones de amor, orientadas al servicio a los demás. Es así como el Sacramento del Matrimonio, la Vida Consagrada y el Orden Sagrado (sacerdocio) son formas de donación y servicio. En tales opciones, el amor aprenderá el itinerario de la reciprocidad fiel y generosa con los demás, y se configurará en una entrega exclusiva.

¿Tenemos conciencia de haber sido llamados a vivir la vocación y el camino matrimonial? ¿Entendemos la propia vida desde alguna de esas llamadas que Dios nos hace?

Dios no se cansa de llamar a una vida configurada por el amor y el servicio. Especialmente, entre los jóvenes, no duda en presentar el camino de la vocación matrimonial y familiar; a ellos los convoca, en su vida de novios o matrimonios, para que reflejen, en su modo de amarse, esa semejanza con Él. También, motiva y entusiasma a otros jóvenes, para que se consagren por el Reino de los Cielos, en el ministerio sacerdotal o en la vida religiosa.

Afirmamos, entonces, que la potente semilla del Bautismo pone a numerosos cristianos en el camino de la vocación matrimonial y familiar.

Es por ello que *Amoris laetitia* acentúa el valor de la preparación para la vida matrimonial y destaca la importancia de las propuestas que la Iglesia ofrezca a los jóvenes para disponer el corazón en ese sentido.

Como veremos en el capítulo siguiente, a la luz de la Exhortación, el inicio de la preparación matrimonial está en la celebración y comprensión del Bautismo, y en el cuidado y la atención que se dé a los niños durante los primeros años de su vida.

Tenemos que estar atentos al testimonio que los niños reciban en el hogar, porque allí es donde se aprenden las primeras lecciones sobre los vínculos y sobre la vida matrimonial y familiar.

Participamos de un misterio

Por el Bautismo somos “injertados”, es decir, participamos del misterio de Dios Padre, que en su Hijo Jesús sale a nuestro encuentro, para redimirnos del pecado y reconciliarnos con Él. Cuando libremente nos unimos a Él, el don de la vida humana se enriquece y alcanza la vida plena.

Es Jesús quien, al resucitar, nos ofrece la fuerza de la salvación, esa misma fuerza que necesitamos para avanzar y animarnos a construir vínculos afectivos. Es Jesús quien se nos presenta como Camino, Verdad y Vida, para que por el amor alcancemos el gozo de una vida restaurada y renovada por la acción constante del Espíritu Santo, que obra en nosotros.

Amoris laetitia insiste en la urgencia de proclamar este anuncio en cada encuentro con los matrimonios y las familias. El papa Francisco destaca lo que debe ser el centro de la actividad evangelizadora de las familias: presentarla belleza y sabiduría, que esconde el “*kerygma*” o “primer anuncio”:

Al, 58. Ante las familias, y en medio de ellas, debe volver a resonar siempre el primer anuncio, que es «lo más bello, lo más grande, lo más atractivo y al mismo tiempo lo más necesario», y «debe ocupar el centro de la actividad evangelizadora». Es el anuncio principal, «ese que siempre hay que volver a escuchar de diversas maneras y ese que siempre hay que volver a anunciar de una forma o de otra». Porque «nada hay más sólido, más profundo, más seguro, más denso y más sabio que ese anuncio» y «toda formación cristiana es ante todo la profundización del *kerygma*».

Al, 59. Nuestra enseñanza sobre el matrimonio y la familia no puede dejar de inspirarse y de transfigurarse a la luz de este anuncio de amor y de ternura, para no convertirse en una mera defensa de una doctrina fría y sin vida. Porque tampoco el misterio de la familia cristiana puede entenderse plenamente si no es a la luz del infinito amor del Padre, que se manifestó en Cristo, que se entregó hasta el fin y vive entre nosotros. Por eso, quiero contemplar a Cristo vivo presente en tantas historias de amor, e invocar el fuego del Espíritu sobre todas las familias del mundo.

Segunda Parte

FUNDAR LA FAMILIA EN EL AMOR

A lo largo de su desarrollo, la Exhortación *Amoris laetitia* presenta la importancia y necesidad de preparar el matrimonio y la familia.

Al mismo tiempo, nos invita a que asumamos con responsabilidad esta vocación, que Dios suscita en nuestro corazón, y que la Iglesia busca alentar como parte de su misión evangelizadora.

En el texto que el papa Francisco nos presenta, se señalan tres momentos de preparación para la vida matrimonial y familiar. Ellas son:

- Preparación remota
- Preparación mediata
- Preparación inmediata

2.1.- PREPARACIÓN REMOTA DE LA FAMILIA

2.1.1.- NUESTROS NIÑOS

En este momento pongamos la mirada en nuestros niños y adolescentes; ellos son los protagonistas y los destinatarios de la preparación remota para la vida matrimonial y familia.

Nos preguntamos: ¿cómo fundarlos y prepararlos para el amor esponsal y familiar? ¿qué elementos y recomendaciones nos acerca *Amoris laetitia*?

Los dos años de camino sinodal resuenan en las páginas de la Exhortación. Nos aportan el fruto de una intensa contemplación y reflexión sobre los niños, y los desafíos que presenta la niñez en el contexto eclesial y social.

La diversidad de culturas y sociedades, razas y lenguas, contextos políticos, sociales y económicos, reclama de la Iglesia el desafío pastoral de velar por la vida, la dignidad e integridad de los niños.

Los niños son los “preferidos y elegidos” de Jesús. En ellos habita la esperanza y el futuro. En los niños, Dios pone una particular predilección, los hace depositarios de un amor particular, para que sean ellos quienes funden un mundo nuevo, arraigado en los vínculos de amor y familiaridad, que se aprenden y afianzan si se despiertan y desarrollan en la primera infancia.

La familia y el hogar: primeras “escuelas de amor”

Es innegable el efecto positivo que tiene la primera mirada que se dirige sobre el niño que llega, la alegría con que lo reciben, sea su familia biológica o aquellas personas que lo adoptan. ¡Cuánto bien hace mirar y recibir con amor la vida!

Con el mismo espíritu debería recibir la comunidad eclesial a los niños que se bautizan. ¡Qué papel importante cumple la presencia de la comunidad en la recepción de sus nuevos miembros! No alcanza sólo con decirlo, es necesario manifestarlo de manera concreta y con gestos comunitarios.

Los gestos de ternura y un atento acompañamiento de parte de la comunidad cristiana, que contrapongan las experiencias de desamor y desprecio, permitirían aliviar –en cierta forma–, lo que de manera injusta los niños muchas veces padecen en su propia familia, o también en la misma comunidad eclesial. A la familia y a la Iglesia les compete cuidarlos y ayudarlos a crecer.

Valoración del cuerpo en la escuela del amor

Promover y celebrar la vida de un niño conlleva motivar el descubrimiento, la valoración y el respeto por su propio cuerpo. El cuerpo, “templo del Espíritu Santo”, será lo que un niño deberá preparar para las distintas y progresivas vivencias de afecto y amor. El cuerpo acompañará todo el proceso de maduración e identificación sexual.

Y cuando un niño descubre y empieza a percibir el valor que tienen su vida y su cuerpo, comienza también a valorar y respetar la vida y el cuerpo de los demás.

Presencia de los padres y adultos en la educación y estímulo

Es difícil que un niño crezca y se desarrolle armoniosamente, sin la presencia de adultos maduros: padres biológicos o adoptivos, abuelos, educadores, catequistas, consagrados, etc.

Es fundamental el acompañamiento de los padres, quienes aún en el humilde aprendizaje de la paternidad, demuestren generosidad y compromiso con sus hijos, de un modo particular en los primeros años de vida.

Al, 175. La madre, que ampara al niño con su ternura y su compasión, le ayuda a despertar la confianza, a experimentar que el mundo es un lugar bueno que lo recibe, y esto permite desarrollar una autoestima que favorece la capacidad de intimidad y la empatía. La figura paterna, por otra parte, ayuda a percibir los límites de la realidad, y se caracteriza más por la orientación, por la salida hacia el mundo más amplio y desafiante, por la invitación al esfuerzo y a la lucha. Un padre con una clara y feliz identidad masculina, que a su vez combine en su trato con la mujer el afecto y la protección, es tan necesario como los cuidados maternos. [...]

Con caridad y firmeza, el papa Francisco les recuerda a los padres la responsabilidad indelegable que tienen en la educación y el estímulo de sus hijos. Y aclara que las instituciones educativas colaboran en la tarea que ellos deben asumir.

La Exhortación apostólica nos señala también la particular vulnerabilidad a la que están expuestos los niños, causada por las incoherencias y el pecado por parte de quienes tienen que ocuparse de ellos: padres, educadores, autoridades civiles, Iglesia.

Tenemos que estar atentos y evitar confundirnos: los niños pueden mostrar, a veces, una cierta fortaleza, sin embargo, ella está sembrada en la propia inmadurez de la niñez.

Atender a su formación ética y moral

La educación de los hijos es competencia de sus padres. Ellos son quienes inciden en el desarrollo moral de sus hijos para bien o para mal. Por consiguiente, lo más adecuado es que acepten esta función y la realicen de un modo consciente, entusiasta, razonable y apropiado¹⁷.

Al, 260. ¿Dónde están los hijos? La familia no puede renunciar a ser lugar de sostén, de acompañamiento, de guía, aunque deba reinventar sus métodos y encontrar nuevos recursos. Necesita plantearse a qué quiere exponer a sus hijos. Para ello, no se debe dejar de preguntarse quiénes se ocupan de darles diversión y entretenimiento, quiénes entran en sus habitaciones a través de las pantallas, a quiénes los entregan para que los guíen en su tiempo libre. Sólo los momentos que pasamos con ellos, hablando con sencillez y cariño de las cosas importantes, y las posibilidades sanas que creamos para que ellos ocupen su tiempo, permitirán evitar una nociva invasión. Siempre hace falta una vigilancia. El abandono nunca es sano. Los padres deben orientar y prevenir a los niños y adolescentes para que sepan enfrentar situaciones donde pueda haber riesgos, por ejemplo, de agresiones, de abuso o de drogadicción.

¹⁷ INSTITUTO BERIT DE LA FAMILIA, *Cápsula 1 (mayo 2016)*, Universidad Santo Tomás de Aquino, Chile.

Siempre hace falta vigilancia. El abandono nunca es sano, pero conviene advertir también que la obsesión nunca es educativa. Así, la gran cuestión que plantea la educación de los hijos es el sentido existencial que ellos vayan adquiriendo, desde el punto de vista de sus convicciones, objetivos, deseos y proyecto de vida¹⁸.

Aunque los padres necesitan de la escuela, para asegurar una instrucción básica de sus hijos, nunca pueden delegar completamente su formación moral. El desarrollo afectivo y ético de una persona requiere de una experiencia fundamental: creer que los propios padres son dignos de confianza. Esto constituye una responsabilidad educativa: generar confianza en los hijos con el afecto y el testimonio, e inspirar en ellos un amoroso respeto¹⁹.

Los niños aprenden a amar cuando juegan y hacen amigos

Ayuda mucho en la vida de los niños que los adultos fomenten su capacidad lúdica. El juego es al niño, lo que la palabra es al adulto. El juego que les permite expresarse, desplegar el propio mundo interno, reír, interactuar con los demás, elaborar experiencias y alegrarse por los aprendizajes es una instancia de mucho crecimiento y valor en el camino de la maduración afectiva y del amor.

El juego y la reflexión que los adultos puedan compartir con ellos, especialmente cuando a esa dinámica se incorporan otros niños, serán una ocasión propicia para proponer el valor de la amistad.

Desacertadamente se suele forzar en los niños actitudes “adultizadas”, hablar con ellos sobre sus “noviazgos” o hacer indebidas insinuaciones sobre su “vida de pareja”, lo cual confunde y puede generar conductas corporales inadecuadas para la edad. En la niñez, ellos necesitan

¹⁸ *Ibidem.*

¹⁹ *Ibidem.*

motivación para desarrollar la amistad con otros niños y niñas de su edad, con quienes compartirán similares aprendizajes.

La catequesis en colegios o parroquias suele proponer muchas veces el conocimiento y la experiencia de Jesús en claves de amistad. Ese parece ser el mejor camino que permite integrar la fe y la vida de un niño.

La comunicación con ellos y el contenido de las conversaciones debería nutrir sus vidas en aquellos valores que hemos señalado y que contribuyen a cuidar la integridad y el pudor en sus vidas. La invitación a vivir su juventud reclamará de ellos estos valores, que debemos sembrar en su corazón, mediante una comunicación cercana y empática.

El sentido y la conveniencia de la sanción

El desarrollo de la empatía comienza en etapas muy tempranas. El modelo recibido en el seno de la familia es esencial para desarrollar la capacidad de ponerse en el lugar de los demás. En ocasiones, a lo largo de la infancia, los impulsos agresivos en algunos niños pueden ser difíciles de controlar.

Hay que despertar en los niños la capacidad de ponerse en lugar del otro y aprender a dolerse por el daño ocasionado a un semejante. Algunas sanciones a las conductas antisociales y agresivas pueden cumplir en parte con esta finalidad.

Es importante orientar al niño a que pida perdón y repare el daño realizado a los demás.

Cuando el camino educativo muestre frutos de maduración en la libertad personal, el niño comenzará a reconocer, con gratitud, que ha sido bueno para él crecer en una familia, e incluso sufrir las exigencias que plantean los procesos formativos.

A través de la educación, se puedan ir moldeando esos aspectos, los cuales deben ir encontrando formas armoniosas para su debido encauzamiento.

Al, 267. La libertad es algo grandioso, pero podemos echarla a perder. La educación moral es un cultivo de la libertad a través de propuestas, motivaciones, aplicaciones prácticas, estímulos, premios, ejemplos, modelos, símbolos, reflexiones, exhortaciones, revisiones del modo de actuar y diálogos que ayuden a las personas a desarrollar esos principios interiores estables que mueven a obrar espontáneamente el bien. La virtud es una convicción que se ha transformado en un principio interno y estable del obrar. La vida virtuosa, por lo tanto, construye la libertad, la fortalece y la educa, evitando que la persona se vuelva esclava de inclinaciones compulsivas deshumanizantes y antisociales. Porque la misma dignidad humana exige que cada uno «actúe según una elección consciente y libre, es decir, movido e inducido personalmente desde dentro».

Sembrar en ellos la confianza

La corrección es un estímulo cuando también se valoran y se reconocen los esfuerzos, y cuando el hijo (niño) descubre que sus padres (adultos) mantienen viva una paciente confianza.

Es muy importante que el niño perciba que es tenido en cuenta, que es alguien, y advierta que sus padres reconocen sus capacidades. Ayuda que los padres reconozcan con humildad sus límites y muestren sus propios esfuerzos por ser mejores.

Los hijos necesitan de padres y adultos que no se dejan llevar por la ira. Ante una mala acción, el niño debe ser corregido, pero nunca como un enemigo o como aquel contra quien se descarga la propia agresividad. Los adultos deberíamos reconocer que algunas malas acciones tienen que ver con la fragilidad y los límites propios de la edad.

Al, 268. Asimismo, es indispensable sensibilizar al niño o al adolescente para que advierta que las malas acciones tienen consecuencias. Hay que despertar la capacidad de ponerse en el lugar del otro y de dolerse por su sufrimiento cuando se le ha hecho daño. Algunas sanciones –a las conductas antisociales agresivas– pueden cumplir en parte esta finalidad. Es importante orientar al niño con firmeza a que pida perdón y repare el daño realizado a los demás. Cuando el camino educativo muestra sus frutos en una maduración de la libertad personal, el propio hijo en algún momento comenzará a reconocer con gratitud que ha sido bueno para él crecer en una familia e incluso sufrir las exigencias que plantea todo proceso formativo.

Al, 269. La corrección es un estímulo cuando también se valoran y se reconocen los esfuerzos y cuando el hijo descubre que sus padres mantienen viva una paciente confianza. Un niño corregido con amor se siente tenido en cuenta, percibe que es alguien, advierte que sus padres reconocen sus posibilidades. Esto no requiere que los padres sean inmaculados, sino que sepan reconocer con humildad sus límites y muestren sus propios esfuerzos para ser mejores. Pero uno de los testimonios que los hijos necesitan de los padres es que no se dejen llevar por la ira. El hijo que comete una mala acción debe ser corregido, pero nunca como un enemigo o como aquel con quien se descarga la propia agresividad. Además, un adulto debe reconocer que algunas malas acciones tienen que ver con la fragilidad y los límites propios de la edad. Por eso sería nociva una actitud constantemente sancionatoria, que no ayudaría a advertir la diferente gravedad de las acciones y provocaría desánimo e irritación: «Padres, no exasperéis a vuestros hijos» (Ef 6,4; cf. Col 3,21).

Seamos pacientes y realistas

Los niños y jóvenes nos necesitan pacientes y realistas en la formación moral, que acompañe la pedagogía en el amor.

Al, 271. La educación moral implica pedir a un niño o a un joven sólo aquellas cosas que no le signifiquen un sacrificio desproporcionado, reclamarle sólo una cuota de esfuerzo que no provoque resentimiento o acciones puramente forzadas. El camino ordinario es proponer pequeños pasos que puedan ser

comprendidos, aceptados y valorados, e impliquen una renuncia proporcionada. De otro modo, por pedir demasiado, no logramos nada. La persona, apenas pueda librarse de la autoridad, posiblemente dejará de obrar bien.

Ayudarlos a sanar

Muchos niños viven en edades muy tempranas situaciones de precariedad afectiva (maltratos, abusos, abandonos, etc.).

Estas experiencias dejan huellas indelebles, que se traducen en vivencias de inadecuación, baja autoestima, poca autovaloración.

Es necesario ayudar a los niños a hacer un camino de curación de su mundo interior herido, de manera que puedan dar un paso para comprender y reconciliarse con los seres humanos y la sociedad. Ese itinerario de sanación, en los primeros años, los beneficiará al momento de plantear compromisos afectivos futuros.

Al, 272. La formación ética despierta a veces desprecio debido a experiencias de abandono, de desilusión, de carencia afectiva, o por una mala imagen de los padres. Se proyectan sobre los valores éticos las imágenes torcidas de la figura del padre y de la madre, o las debilidades de los adultos. [...] A la vez, puesto que las resistencias de los jóvenes están muy ligadas a malas experiencias, es necesario ayudarles a hacer un camino de curación de ese mundo interior herido, de manera que puedan dar un paso para comprender y reconciliarse con los seres humanos y con la sociedad.

Sensibles y solidarios

Anteriormente señalábamos lo importante que es que los niños aprendan a construir sus vínculos de fraternidad y amistad. La solicitud y sensibilidad por los que sufren y quienes necesitan, nace y se fortalece en el seno del propio hogar.

La **preparación remota**, por ser primera en el tiempo y primaria en cuanto fundamento para el amor, tiene que saber motivar con creatividad distintas formas de encuentro, servicio y acciones solidarias con los demás.

Aquí, los padres tienen la misión y el desafío de dar testimonio de ternura, paciencia y sensibilidad del uno para el otro, ya que los niños harán lo que ven en su casa, no lo que los adultos les dicen que deben hacer.

Todo eso les permitirá entender más adelante una de las propiedades esenciales del amor adulto: la donación y salida de sí mismo.

2.1.2.- NUESTROS ADOLESCENTES

En reiteradas oportunidades solemos referirnos a las personas que no han madurado la etapa de la adolescencia. Es importante distinguirla en el proceso madurativo vocacional y en el camino matrimonial, y reconocer el valor propio que posee dentro de su período etario.

Esta etapa o momento de crecimiento muestra generalmente signos de una “crisis” no siempre bien comprendida, y a veces rechazada o mal cuestionada por padres, docentes, catequistas, agentes de pastoral, etc.

Cabe volcar sobre ellos algunos criterios e ideas que puedan devolver la “riqueza y oportunidad” que subyacen en la adolescencia, aunque para quienes la vivan y acompañen pueda ser algo incómodo y complicado.

¡Que pase pronto! –se suele escuchar–. ¡Que los adolescentes puedan vivirla en paz y con confianza!, tendría que ser la propuesta de los adultos que tienen la misión de acompañarlos.

Aparentemente enfrentados, profundamente necesitados

Los adolescentes se muestran, en apariencia, como si quisieran tomar distancia de los adultos, como “enfrentados”. Sin embargo, existe en ellos

de manera inconfesa una profunda necesidad de cercanía y afecto por parte de la familia, especialmente de los padres.

Buscan en sus padres, y en las demás figuras adultas, que comprendan aquello que ni ellos pueden entender o descifrar de sí mismos. Parecen distantes e indiferentes, pero interiormente se sienten inseguros y frágiles.

Sigue siendo oportuna, necesaria y conveniente la cercanía, que a su vez guarde esa cierta distancia, que le permita “distinguirse y distanciarse” para transitar el arduo camino de la identificación.

La adolescencia es un tiempo en donde los adolescentes hacen borradores, que inmediatamente destruyen para dar lugar a otros nuevos acerca de su identidad, de lo que quieren, de sus gustos.

Es importante tener presente que el desarrollo de la identidad tiene su momento crucial en la adolescencia. El joven comienza a experimentar la necesidad de adoptar compromisos en aspectos centrales de su vida, pensar en su opción vocacional, como también en la elección propia de su vida de fe.

Buscan referencias

En ese proceso, la referencia a su padre en cuanto hombre, o a la madre en cuanto mujer, es valiosa. Su testimonio como personas y esposos vinculados por el amor es de gran importancia para ese hijo o hija que está aprendiendo a crecer.

La relación sexuada de sus padres, cargada de ternura y diálogo confiado, aporta notoriamente a este proceso vital.

El testimonio de fragilidad y limitación que pueden dar los padres y los adultos que los rodean, y su apertura confiada a Dios en esos momentos, los enriquece en esta etapa tan especial, en la que buscan identificaciones y referencias.

¿Cómo ayudarlos durante este tiempo a hacerse adultos?

¿Cómo ayudarlos también a la toma de conciencia de sus vivencias, y del contexto en el que se desarrollan, y a ensayar elecciones?

Descubrirles los valores inherentes a las normas

En esta instancia, son particularmente significativas las propuestas que los ayuden a descubrir los valores inherentes a las normas, que precisamente suelen rechazarse.

Aunque los adolescentes no dejan de manifestar cierto rechazo a las normas y a todo lo impuesto, guardan una “muda” o “silenciosa” permeabilidad a la palabra oportuna y con sentido; y, por sobre todas las cosas, no dejan de advertir y gustar el testimonio que reciben de las personas más significativas. Si bien se muestran desinteresados, los adolescentes observan silenciosos el mundo de los adultos, elaboran hipótesis y sacan conclusiones.

Quizás algunos adolescentes recibieron o reciben actualmente por parte de sus padres una adecuada formación en el valor de las normas, pero suele ocurrir que tal vez no puedan o no quieran –por el momento– asumirlas. Les ayudará comprender que no tener en cuenta las normas indefectiblemente impacta sobre los que están a su lado, en algunos casos, dañándolos. Esto es parte de su aprendizaje ético y afectivo.

La presencia y el amor paciente y perseverante serán las expresiones más contundentes de la pedagogía hacia el amor, que capacita para la vida matrimonial y familiar adulta.

El deseo de los vínculos en el camino de la autonomía

La Exhortación *Amoris laetitia* reconoce que está presente en el corazón y la vida de toda persona el deseo de vivir en familia. El papa Francisco lo ha manifestado en diversas catequesis a los jóvenes, que lo han escuchado

en todo el mundo: Dios inspira este buen deseo desde el primer instante de nuestra existencia, y lo descubre a quienes protagonizan su historia de vida.

¿Quién no sueña con una familia que sea un lugar de acogida, de paz, de amor y alegría?

Se aprende a ser protagonista mediante el ejercicio constante de la libertad. La adolescencia es tiempo para encarar esa tarea y desafío.

Los adolescentes, por lo general, enarbolan la lábil bandera de libertad que ellos conciben y que los adultos con esperanza y sana pedagogía debemos presentar de un modo creativo, y que los conduzca hacia una responsable autonomía.

“Sí, a la educación sexual”

En el capítulo séptimo de la Exhortación (*Al*, 280-283), cuando se plantea cómo fortalecer la educación de los hijos, el papa Francisco presenta contundentemente el tema de la educación sexual. Es más, titula a ese capítulo: *Sí, a la educación sexual*.

Nos ofrece unas notas sobre la educación sexual que inspiren y acompañen la pastoral familiar:

- Positiva y prudente, que llegue a los niños y a los adolescentes conforme avanza su edad:

***Al*, 280.** El Concilio Vaticano II planteaba la necesidad de «una positiva y prudente educación sexual» que llegue a los niños y adolescentes «conforme avanza su edad» y «teniendo en cuenta el progreso de la psicología, la pedagogía y la didáctica». Deberíamos preguntarnos si nuestras instituciones educativas han asumido este desafío. Es difícil pensar la educación sexual en una época en que la sexualidad tiende a banalizarse y a empobrecerse. Sólo podría entenderse en el marco de una educación para el amor, para la donación mutua. De esa

manera, el lenguaje de la sexualidad no se ve tristemente empobrecido, sino iluminado. El impulso sexual puede ser cultivado en un camino de autoconocimiento y en el desarrollo de una capacidad de autodominio, que pueden ayudar a sacar a la luz capacidades preciosas de gozo y de encuentro amoroso.

- Que informe, pero sin olvidar que los niños y los jóvenes no han alcanzado una madurez plena: transmitirla en el momento apropiado y de manera adecuada a la etapa que viven;
- sin saturarlos de datos y con el desarrollo de un sentido crítico ante la invasión de propuestas, pornografía y sobrecarga de estímulos:

AI, 281. La educación sexual brinda información, pero sin olvidar que los niños y los jóvenes no han alcanzado una madurez plena. La información debe llegar en el momento apropiado y de una manera adecuada a la etapa que viven. No sirve saturarlos de datos sin el desarrollo de un sentido crítico ante una invasión de propuestas, ante la pornografía descontrolada y la sobrecarga de estímulos que pueden mutilar la sexualidad. Los jóvenes deben poder advertir que están bombardeados por mensajes que no buscan su bien y su maduración. Hace falta ayudarles a reconocer y a buscar las influencias positivas, al mismo tiempo que toman distancia de todo lo que desfigura su capacidad de amar. Igualmente, debemos aceptar que «la necesidad de un lenguaje nuevo y más adecuado se presenta especialmente en el tiempo de presentar a los niños y adolescentes el tema de la sexualidad».

- Que cuide un sano y valioso pudor, como una defensa natural de la persona, que resguarda su interioridad y evita ser convertida en un puro objeto:

AI, 282. Una educación sexual que cuide un sano pudor tiene un valor inmenso, aunque hoy algunos consideren que es una cuestión de otras épocas. Es una defensa natural de la persona que resguarda su interioridad y evita ser

convertida en un puro objeto. Sin el pudor, podemos reducir el afecto y la sexualidad a obsesiones que nos concentran sólo en la genitalidad, en morbosidades que desfiguran nuestra capacidad de amar y en diversas formas de violencia sexual que nos llevan a ser tratados de modo inhumano o a dañar a otros.

- Evitar toda invitación irresponsable a que los adolescentes jueguen con sus cuerpos y deseos:

Al, 283. Con frecuencia la educación sexual se concentra en la invitación a «cuidarse», procurando un «sexo seguro». Esta expresión transmite una actitud negativa hacia la finalidad procreativa natural de la sexualidad, como si un posible hijo fuera un enemigo del cual hay que protegerse. Así se promueve la agresividad narcisista en lugar de la acogida. Es irresponsable toda invitación a los adolescentes a que jueguen con sus cuerpos y deseos, como si tuvieran la madurez, los valores, el compromiso mutuo y los objetivos propios del matrimonio. De ese modo se los alienta alegremente a utilizar a otra persona como objeto de búsquedas compensatorias de carencias o de grandes límites. Es importante más bien enseñarles un camino en torno a las diversas expresiones del amor, al cuidado mutuo, a la ternura respetuosa, a la comunicación rica de sentido. Porque todo eso prepara para un don de sí íntegro y generoso que se expresará, luego de un compromiso público, en la entrega de los cuerpos. La unión sexual en el matrimonio aparecerá así como signo de un compromiso totalizante, enriquecido por todo el camino previo.

2.2.- PREPARACIÓN MEDIATA DE NUESTROS JÓVENES:

EL NOVIAZGO

Amoris laetitia recuerda que le compete también a la Iglesia, entendida como toda la comunidad, encarar responsablemente el acompañamiento de los novios con suficiente tiempo de antelación. De aquí la importancia de la *preparación mediata*.

La **preparación mediata** debe ser comprendida en lo que llamamos *educación para el amor*.

Se nos plantea así un gran desafío: imaginar el acompañamiento y la pedagogía del amor, y las acciones conducentes en el camino de preparación para el matrimonio y la familia.

La tarea fundamental durante este tiempo consiste en *sentar bases conscientes, verdaderas y estructurales* de un vínculo de amor maduro y sostenido entre los novios.

¿A qué franja etaria correspondería esta preparación mediata?

Ciertamente que las edades podrían variar en virtud de diversos factores. Sin embargo, no parece desatinado pensar en los jóvenes entre 17 y 30 años aproximadamente.

Los agentes de pastoral familiar están llamados a descubrir y comprender los criterios y contenidos que brotan de la vida de la fe, y que no podrían estar ausentes en el inicio y la consolidación de la vida y de los aprendizajes de los novios cristianos.

En todos los casos, esta *educación para el amor* tiene sus bases en la familia de origen de cada persona, donde se reciben los primeros modelos de amor.

Esta etapa se nutre del fruto de las etapas y los momentos anteriores, que, si faltaran, tendrían que conquistarse en esta mediante un acompañamiento personalizado, que visualice tales carencias o instancias inmaduras, y que puedan también necesitar sanación.

Anunciar el *kerygma* al presentar el vínculo matrimonial

Durante el noviazgo se sientan las bases de lo que será el vínculo matrimonial. La manera y la profundidad como se viva y se encare la preparación determinará, en cierta medida, la fortaleza de recursos con la que contarán los nuevos esposos para transitar el futuro matrimonio.

En esta instancia, el anuncio del *kerygma*, y la experiencia del Señor que puedan descubrir y vivir los jóvenes, direccionan y pautan la tarea del acompañamiento que la comunidad eclesial haga de los novios.

Al, 58. Ante las familias, y en medio de ellas, debe volver a resonar siempre el primer anuncio, que es «lo más bello, lo más grande, lo más atractivo y al mismo tiempo lo más necesario», y «debe ocupar el centro de la actividad evangelizadora». Es el anuncio principal, «ese que siempre hay que volver a escuchar de diversas maneras y ese que siempre hay que volver a anunciar de una forma o de otra». Porque «nada hay más sólido, más profundo, más seguro, más denso y más sabio que ese anuncio» y «toda formación cristiana es ante todo la profundización del *kerygma*».

La preparación mediata es el momento de crear la conciencia del matrimonio como una vocación; y del noviazgo, como instancia valiosa para el desarrollo de una respuesta al llamado de la misión particular, recibida en el Bautismo.

Los jóvenes que vivan más conscientemente esta etapa se descubrirán a sí mismos “en camino”, y su actitud será favorable para nutrir de sentido y conocimiento la vivencia de la relación.

Acompañamiento: valorar la conciencia y descubrir el sentido de la vida

En la preparación mediata, el acompañamiento comienza, se sostiene y encuentra sus temas básicos y principales en una recurrente referencia al sentido de la vida y a lo que ellos viven.

Los jóvenes que se pregunten en la presencia del Señor por ese sentido y el para qué de su vida, recibirán la luz del entendimiento y la fortaleza de espíritu para su desarrollo humano y espiritual.

Si se permiten sentir y gustar, en lo más íntimo de su ser, que “el hombre y la mujer son creados para amar”, entenderán la finalidad que los mueve, cuestiona y compromete como jóvenes. Este momento y la pedagogía espiritual exigen de otros novios, matrimonios o consagrados, que los inspiren con su vida de oración, espiritualidad y testimonio.

Dios los creó varón y mujer, y los llamó a vivir en el camino y sentido del amor. El camino del noviazgo no es un lecho de rosas, es necesario comenzar a conocerse, a descubrirse y a aceptar al otro tal cual es, con su historia familiar, sus virtudes y sus defectos, comprendiendo las diferencias como una maravillosa oportunidad de crear “algo nuevo”, una realidad que amalgame la vida de ambos a lo largo del noviazgo.

No es conveniente que los jóvenes quemen etapas. Es por ello que es importante que quienes los acompañen los instruyan acerca de las distintas etapas del noviazgo, para que no se desalienten frente a los primeros “obstáculos y desilusiones”, que ciertamente llegarán.

Con oportunas e inteligentes intervenciones de sus familiares, de la comunidad y de los pastores, descubrirán las exigencias y los desafíos que implica el verdadero amor, siendo alentados al diálogo abierto y sincero desde el inicio de la relación. Lo mismo ocurre con la presentación de los valores y las actitudes fundamentales para la construcción de una relación sana y fecunda.

Un mayor compromiso de todos los miembros de la comunidad

Las comunidades cristianas acompañarán a los novios de manera cercana y cordial, privilegiando su testimonio ante ellos. El papa Francisco invita a un mayor compromiso de todos los miembros de la comunidad.

Se nos llama a promover una pastoral creativa, que permita comunicar fielmente una noticia que los atraiga. Las distintas expresiones de la pastoral juvenil, como, por ejemplo, los grupos misioneros parroquiales, presentan una oportunidad invalorable para comenzar este

acompañamiento. Lo que ellos vivan también será lo que transmitan en su misión.

En espíritu de oración nos preguntaremos:

¿Cómo presentar el amor de Dios a los jóvenes e iluminar desde allí la invitación a la vida matrimonial y familiar?

¿Cómo despertarlos a la conciencia de una necesaria preparación, que haga posible un vínculo maduro, sereno, alegre y feliz en el tiempo?

Una pastoral de los vínculos con pedagogía basada en la alegría

La pastoral familiar durante el noviazgo será una pastoral de los vínculos, donde la pedagogía del amor nace en la alegría y seguridad de sabernos amados.

Es necesario brindarles todos los recursos; caminos prácticos y tácticas tomadas de la experiencia, como también orientaciones psicológicas.

Es clave iluminar estas herramientas con la luz de la Palabra y la Reconciliación sacramental, que permite colocar los errores bajo la fuerza sanadora del Padre. Las herramientas, sin el apoyo espiritual, se desvanecen fácilmente al encarar la vida cotidiana.

Al, 211. Tanto la preparación próxima como el acompañamiento más prolongado, deben asegurar que los novios no vean el casamiento como el final del camino, sino que asuman el matrimonio como una vocación que los lanza hacia adelante, con la firme y realista decisión de atravesar juntos todas las pruebas y momentos difíciles. La pastoral prematrimonial y la pastoral matrimonial deben ser ante todo una pastoral del vínculo, donde se aporten elementos que ayuden tanto a madurar el amor como a superar los momentos duros. Estos aportes no son únicamente convicciones doctrinales, ni siquiera pueden reducirse a los preciosos recursos espirituales que siempre ofrece la Iglesia, sino que también deben ser caminos prácticos, consejos bien encarnados, tácticas tomadas de la experiencia, orientaciones psicológicas. Todo esto

configura una pedagogía del amor que no puede ignorar la sensibilidad actual de los jóvenes, en orden a movilizarlos interiormente. A su vez, en la preparación de los novios, debe ser posible indicarles lugares y personas, consultorías o familias disponibles, donde puedan acudir en busca de ayuda cuando surjan dificultades. Pero nunca hay que olvidar la propuesta de la Reconciliación sacramental, que permite colocar los pecados y los errores de la vida pasada, y de la misma relación, bajo el influjo del perdón misericordioso de Dios y de su fuerza sanadora.

Aprendizaje gradual, respetuoso y realista

Los agentes de pastoral cuidarán de reflejar el modo que Dios sabe tener con cada uno. Será un aprendizaje gradual, cargado de respeto, anclado en las posibilidades efectivas con las que cuentan los novios.

Al, 38. [...] Esto abre la puerta a una pastoral positiva, acogedora, que posibilite una profundización gradual de las exigencias del Evangelio. [...]

El acompañamiento que nos propone *Amoris laetitia* es fundamentalmente artesanal y diversificado. Requiere dedicación, paciencia y perseverancia.

El itinerario y programa pastoral se vislumbra a partir de un conocimiento personal y de pareja, sereno y realista, empático y respetuoso ante la dimensión sagrada de cada persona. Convendrá aprovechar los espacios de encuentro, misión y puesta en común para alcanzar este conocimiento.

Conocer la sensibilidad de los jóvenes para acompañarlos mejor

Atendamos y consideremos la sensibilidad actual de los jóvenes, y el complejo contexto social y familiar que abriga sus vidas.

- El individualismo exasperado desvirtúa los vínculos familiares.

Al, 33. Por otra parte, «hay que considerar el creciente peligro que representa un individualismo exasperado que desvirtúa los vínculos familiares y acaba por considerar a cada componente de la familia como una isla, haciendo que prevalezca, en ciertos casos, la idea de un sujeto que se construye según sus propios deseos asumidos con carácter absoluto» [...].

- El ritmo de vida actual (estrés, organización social y laboral) pone en riesgo las opciones permanentes.

Al, 33. [...] «Las tensiones inducidas por una cultura individualista exagerada de la posesión y del disfrute generan dentro de las familias dinámicas de intolerancia y agresividad». [...] Quisiera agregar el ritmo actual, el estrés, la organización social y laboral, porque son factores culturales que ponen en riesgo la posibilidad de opciones permanentes. [...]

- Se desea un espacio de protección y fidelidad, pero crece en ellos el temor por las renunciaciones a las aspiraciones personales.

- Se teme a la soledad.

- Los vínculos quedan abandonados a la precariedad voluble de los deseos y las circunstancias.

Al, 34. Si estos riesgos se trasladan al modo de entender la familia, esta puede convertirse en un lugar de paso, al que uno acude cuando le parece conveniente para sí mismo, o donde uno va a reclamar derechos, mientras los vínculos quedan abandonados a la precariedad voluble de los deseos y las circunstancias. En el fondo, hoy es fácil confundir la genuina libertad con la idea de que cada uno juzga como le parece, como si más allá de los individuos no hubiera verdades, valores, principios que nos orienten, como si todo fuera

igual y cualquier cosa debiera permitirse. En ese contexto, el ideal matrimonial, con un compromiso de exclusividad y de estabilidad, termina siendo arrasado por las conveniencias circunstanciales o por los caprichos de la sensibilidad. Se teme la soledad, se desea un espacio de protección y de fidelidad, pero al mismo tiempo crece el temor a ser atrapado por una relación que pueda postergar el logro de las aspiraciones personales.

- Inmersos en la cultura de lo provisorio, pasan de una relación afectiva a otra. Es típico en el uso de las redes sociales: conectar y desconectar, bloquear al otro en el momento que tengo ganas.
- Las relaciones afectivas son un medio para remediar la soledad.
- La lógica de la manipulación se vuelve sobre nosotros mismos y produce aislamiento.
- El narcisismo nos vuelve incapaces de mirar más allá de nosotros mismos, de nuestros deseos y necesidades.

Al, 39. Esto no significa dejar de advertir la decadencia cultural que no promueve el amor y la entrega. Las consultas previas a los dos últimos sínodos sacaron a la luz diversos síntomas de la «cultura de lo provisorio». Me refiero, por ejemplo, a la velocidad con la que las personas pasan de una relación a otra. Creen que el amor, como en las redes sociales, se puede conectar o desconectar a gusto del consumidor e incluso bloquear rápidamente. Pienso también en el temor que despierta la perspectiva de un compromiso permanente, en la obsesión por el tiempo libre, en las relaciones que miden costos y beneficios y se mantienen únicamente si son un medio para remediar la soledad, para tener protección o para recibir algún servicio. Se traslada a las relaciones afectivas lo que sucede con los objetos y el medio ambiente: todo es descartable, cada uno usa y tira, gasta y rompe, aprovecha y estruja mientras sirva. Después, ¡adiós! El narcisismo vuelve a las personas incapaces de mirar más allá de sí mismas, de sus deseos y necesidades. [...]

- El debilitamiento de la fe y la práctica religiosa afecta y deja solas a las familias con sus dificultades.
- La cultura, que de forma exacerbada presenta un disfrute inmediato, priva así a los jóvenes de futuro.

AI, 43. El debilitamiento de la fe y la práctica religiosa en algunas sociedades afecta a las familias y las deja solas con sus dificultades. Los padres afirmaron que «una de las mayores pobreza de la cultura actual es la soledad, fruto de la ausencia de Dios en la vida de las personas y de la fragilidad de las relaciones».

AI, 40. «Aun a riesgo de simplificar, podríamos decir que existe una cultura tal que empuja a muchos jóvenes a no poder formar una familia porque están privados de oportunidades de futuro. Sin embargo, esa misma cultura concede a muchos otros, por el contrario, tantas oportunidades, que ellos también se ven disuadidos de formar una familia». En algunos países, muchos jóvenes «a menudo son llevados a posponer la boda por problemas de tipo económico, laboral o de estudio. A veces, por otras razones, como la influencia de las ideologías que desvalorizan el matrimonio y la familia, la experiencia del fracaso de otras parejas a la cual ellos no quieren exponerse, el miedo hacia algo demasiado grande y sagrado, las oportunidades sociales y las ventajas económicas derivadas de la convivencia, una concepción puramente emocional y romántica del amor, el miedo de perder su libertad e independencia, el rechazo de todo lo que es conocido como institucional y burocrático».

- Los gravísimos efectos de la pobreza material y espiritual rodean la vida de muchos jóvenes. Sufren el peso de la exclusión social y la falta de trabajo.

AI, 44. La falta de una vivienda digna o adecuada suele llevar a postergar la formalización de una relación. [...] «Las coerciones económicas excluyen el acceso de la familia a la educación, la vida cultural y la vida social activa. El actual sistema económico produce diversas formas de exclusión social. Las

familias sufren en particular los problemas relativos al trabajo. Las posibilidades para los jóvenes son pocas y la oferta de trabajo es selectiva y precaria [...]».

La complejidad de nuestro tiempo pone constantemente en jaque la reflexión y materialización de las opciones pastorales que las comunidades eclesiales ofrecen en su servicio a los novios.

Nos descubrimos frecuentemente interpelados por cambios generacionales, contextos socioculturales, las realidades familiares de los jóvenes que protagonizan el vínculo de pareja, etc.

Lo recién enunciado nos aporta elementos que pueden enriquecer la lectura que hagamos de la realidad de nuestros jóvenes, para que acertemos en la pastoral teniendo muy en cuenta los desafíos que nos plantean sus vivencias.

Al, 40. [...] Necesitamos encontrar las palabras, las motivaciones y los testimonios que nos ayuden a tocar las fibras más íntimas de los jóvenes, allí donde son más capaces de generosidad, de compromiso, de amor e incluso de heroísmo, para invitarles a aceptar con entusiasmo y valentía el desafío del matrimonio.

Valorar los elementos constructivos existentes

Una fuente de posibilidades y fecundidad pastoral es el conocimiento que los agentes de pastoral puedan tener de las personas con las que se encuentren y que estén en búsqueda de un acompañamiento para crecer en su respuesta a Dios. Para ello, es necesario conocer y afirmar, en el inicio del proceso, **los elementos constructivos existentes**, a partir de los cuales se motivará y avanzará en el camino de la preparación.

No tiene importancia, ni sentido, como tampoco valor y acierto pastoral, decir a los jóvenes: “lo que se debe hacer”. Todo buen acompañamiento

nace del encuentro con ellos, animados por una invitación y propuesta que favorezca el paciente y esperanzado crecimiento de sus vidas.

Amoris laetitia recomienda vivamente un encuentro confiado con ellos, que permita descubrir: la historia de sus anhelos, su andar en familia que los trae hasta el presente, sus recursos y su disposición actual para dar nuevos pasos.

Al, 208. Conviene encontrar además las maneras, a través de las familias misioneras, de las propias familias de los novios y de diversos recursos pastorales, de ofrecer una preparación remota que haga madurar el amor que se tienen, con un acompañamiento cercano y testimonial. Suelen ser muy útiles los grupos de novios y las ofertas de charlas opcionales sobre una variedad de temas que interesan realmente a los jóvenes. No obstante, son indispensables algunos momentos personalizados, porque el principal objetivo es ayudar a cada uno para que aprenda a amar a esta persona concreta con la que pretende compartir toda la vida. Aprender a amar a alguien no es algo que se improvisa ni puede ser el objetivo de un breve curso previo a la celebración del matrimonio. En realidad, cada persona se prepara para el matrimonio desde su nacimiento. Todo lo que su familia le aportó debería permitirle aprender de la propia historia y capacitarle para un compromiso pleno y definitivo [...].

Necesidad de aceptación y sanación

Para que el aprendizaje de la vida en común pueda consolidarse, convendrá acompañar a cada uno de los novios en un camino de autoconocimiento y aceptación propia, para poder abrirse al otro de una manera más plena y auténtica.

Las experiencias vividas en la propia infancia y en el seno de la familia de origen, sean estas positivas o negativas, dejan huellas profundas en la persona. En algunos casos, será necesario que se los ayude a sanar sus heridas a la hora de amar y ser amados.

La mirada valorativa y serena sobre la propia historia, fruto de la comprensión del amor misericordioso de Dios, será la que opere en ellos la verdadera posibilidad de vivir en la alegría y esperanza de la vida común.

La comunidad evangelizadora y los equipos pastorales

Sin bien todos los miembros de la comunidad son llamados a dar testimonio alegre de la vida matrimonial y de la familia, aquellos laicos y ministros ordenados que quieran ayudar a los jóvenes a descubrir la belleza de la vida matrimonial, y que ofrezcan este servicio de acompañamiento a los novios, necesitarán de una renovada formación, que les dé los elementos oportunos para este acompañamiento pastoral.

AI, 205. Los Padres sinodales han dicho de diversas maneras que necesitamos ayudar a los jóvenes a descubrir el valor y la riqueza del matrimonio. Deben poder percibir el atractivo de una unión plena que eleva y perfecciona la dimensión social de la existencia, otorga a la sexualidad su mayor sentido, a la vez que promueve el bien de los hijos y les ofrece el mejor contexto para su maduración y educación.

AI, 209. La preparación de los que ya formalizaron un noviazgo, cuando la comunidad parroquial logra acompañarlos con un buen tiempo de anticipación, también debe darles la posibilidad de reconocer incompatibilidades o riesgos. De este modo se puede llegar a advertir que no es razonable apostar por esa relación, para no exponerse a un fracaso previsible que tendrá consecuencias muy dolorosas [...].

Libres para amar

La vida en el amor conlleva la dinámica de la libertad creyente. En la medida en que la vida espiritual y cristiana de los novios se vaya acrecentando, ellos podrán dimensionar y valorar el sentido cristiano de

los vínculos, y fomentarán compromisos que estructuren más y mejor la historia que escriben como novios.

Los aprendizajes en el camino de la libertad, y su maduración, comprenden valoraciones de objetivos nobles y su correspondiente elección, la integración de las necesarias renunciaciones y una disciplina personal.

Una adecuada reflexión sobre la libertad, y su alcance en la dinámica de su relación de novios, podrá ser una instancia que dé a los jóvenes el vuelo y la proyección a sus deseos y anhelos de vivir en familia.

La libertad, acompañada de objetivos nobles, será criterio, contenido y modo para avanzar fructíferamente en la preparación mediata. *Amoris laetitia* trae este tema a nuestra consideración.

Al, 33. [...] La libertad para elegir permite proyectar la propia vida y cultivar lo mejor de uno mismo, pero, sino se tiene objetivos nobles y disciplina personal, degenera en una incapacidad de donarse generosamente. [...]

Amoris laetitia nos recuerda que libertad y fidelidad se sostienen mutuamente.

Presentar lo atractivo y valioso de la vida matrimonial

Tendremos que presentarles razones y motivaciones para optar por la vida matrimonial y familiar. De esa manera, los novios podrán elegir en la presencia de Dios.

El anuncio cristiano muestra cómo el sacramento del Matrimonio y la vida familiar elevan y perfeccionan la existencia, otorgan un mayor sentido a la sexualidad y promueven el bien de los hijos. La familia es para los hijos el mejor contexto para educarse y madurar en el amor.

Procuremos un acompañamiento sereno y perseverante; así los novios podrán disponerse más y mejor para responder a la gracia.

Unidos a la motivación del papa Francisco a los jóvenes, no dejaremos de alentarlos para que sean “diferentes”, descubriendo y eligiendo actitudes y acciones que promuevan como valioso el amor que une y que tiene que ser fortalecido y santificado siempre por la gracia.

Al, 212. Queridos novios: «Tened la valentía de ser diferentes, no os dejéis devorar por la sociedad del consumo y de la apariencia. Lo que importa es el amor que os une, fortalecido y significado por la gracia [...]».

Vida espiritual e itinerario vocacional

A lo largo de la preparación mediata, es fundamental el estímulo y acrecentamiento de la vida espiritual cristiana y de la vida de oración, a través de las que cada uno orará por el otro y pedirá ayuda a Dios. Serán momentos oportunos para preguntarse en Su presencia:

¿Qué espera Dios de nosotros?

La imagen del sembrador en el Evangelio nos aporta riqueza y sabiduría. Ella nos permite vislumbrar el camino por el que tratarán de ir los acompañantes de los novios: sembrar esperanzadamente en sus corazones las semillas de un amor llamado a la reciprocidad y a la donación, a la exclusividad en la fidelidad y estabilidad.

Dimensión erótica del amor y sexualidad en el noviazgo

La sociedad de consumo, la cultura de la inmediatez, el creciente narcisismo, la falta de tolerancia a la espera, han llevado a los novios a ir perdiendo el valor del cuidado del propio cuerpo, el respeto por el cuerpo

del otro; y también, la importancia del lenguaje corporal como expresión de un amor respetuoso.

Cuando la evolución de la sexualidad en los novios no acompaña las etapas de crecimiento de la pareja, se corre el riesgo de saltar etapas o de “esconder” incompatibilidades o diferencias irreconciliables, que quedan solapadas.

Si en el noviazgo la sexualidad es utilizada como escape, como forma fallida de acercar diferencias, se corre el riesgo de vivir a través de ella una falsa unión, que no es más que un anhelo inmaduro de fusión.

A veces los jóvenes, en un deseo de sentirse unidos, viven una sexualidad que, en vez de lograr su cometido, los separa más, dado que ese momento fugaz de falsa fusión los deja vacíos, solos.

Al, 150. «[...]Dios mismo creó la sexualidad, que es un regalo maravilloso para sus creaturas. Cuando se la cultiva y se evita su descontrol, es para impedir que se produzca el empobrecimiento de un valor auténtico» [...].

Al, 151. A quienes temen que en la educación de las pasiones y de la sexualidad se perjudique la espontaneidad del amor sexuado, san Juan Pablo II les respondía que el ser humano «está llamado a la plena y madura espontaneidad de las relaciones», que «es fruto del gradual discernimiento de los impulsos del propio corazón». Es algo que se conquista, ya que todo ser humano «debe aprender con perseverancia y coherencia lo que es el significado del cuerpo». La sexualidad no es un recurso para gratificar o entretener, ya que es un lenguaje interpersonal donde el otro es tomado en serio, con su sagrado e inviolable valor. [...]

Verdaderamente comprometidos en su acompañamiento

La presencia eclesial de los laicos y de las familias, como también la del equipo interdisciplinario que pueda tener la parroquia o comunidad, manifiesta el deseo de acompañamiento de los jóvenes novios.

Les expresaremos que sus vidas y vivencias son importantes y valiosas.

No debemos escatimar tiempo ni esfuerzos en este anuncio. El tiempo ofrecido tiene que ser cuantitativa y cualitativamente mayor, si pretendemos tener matrimonios y familias cristianas que den testimonio de su vocación. He aquí un punto fundamental de conversión planteado en *Amoris laetitia*.

En la vida cotidiana estamos rodeados de novios. ¿Cómo acercarnos a ellos, mostrarles solicitud y acogida? La búsqueda y acogida de estos novios, el testimonio de gratuidad y alegría que los cristianos mostremos, la espontaneidad o responsable programación de propuestas y ayudas, pondrán en evidencia el compromiso pedagógico que la Iglesia pretende vivir.

La atención individual de cada persona y pareja, la participación en grupos de novios, la organización de jornadas y retiros, como también la celebración serena del sacramento de la Reconciliación por parte de los ministros ordenados, constituyen todas ellas instancias favorables, que posibilitan el diálogo y el conocimiento necesario para acompañarlos y sostenerlos.

¡Se necesita un mayor número de agentes pastorales!

Son necesarios nuevos agentes pastorales. La tarea es abundante y de trascendencia. Nuestros jóvenes nos necesitan, no es correcto afirmar su desinterés. Enfrentando los temores, entremos en una renovada acción pastoral en las comunidades parroquiales e instituciones eclesiales.

Quienes se descubran llamados a acompañar la preparación mediata de los novios velarán por enseñar o fortalecer el fruto de una vida espiritual gradual y progresiva. La vida de oración que alienten los iluminará y orientará para desarrollar diariamente su afectividad, primeramente, con el Señor, y luego con su novia o novio. Será ese **encuentro con Jesús** la vivencia que fundará su vínculo como novios.

El vínculo con la comunidad parroquial, las instituciones educativas y las asociaciones o movimientos familiares les otorgarán el necesario ámbito de contención y comunidad favorable para el proceso madurativo.

Entendemos y llamamos “diálogos pastorales” a los encuentros, momentos y charlas amigables que los agentes de pastoral propician entre los jóvenes y los novios, en orden a una natural y continua integración entre la fe y la vida. Esta será una tarea imprescindible y de gran fecundidad pastoral.

Los encuentros, diálogos y charlas serenas que los agentes de pastoral puedan promover serán instancias que ayuden a la necesaria comprensión de cada uno de ellos como varón y mujer, como también de los interrogantes y desafíos que plantea el trato como persona, distinta como individuo y distinta en su sexo. Se despiertan aquí aspectos y elementos para la necesaria aceptación sobre la que se edifique una relación de novios que pueda sostenerse.

Las charlas y los encuentros, sean individuales, con ambos novios o en grupo, reclaman una amorosa paciencia, recordando una y otra vez los fundamentos para el crecimiento en el amor humano y espiritual. Pero nada podrá hacerse sin perseverar con ellos en el diálogo y la escucha esperanzada. La fascinante tarea de acompañarlos pondrá en jaque los horarios y tiempos que se suelen ofrecer, y será necesario salir a su encuentro en los lugares y momentos donde están y se los pueda encontrar. Allí nos esperan, no siempre en el templo o la secretaría parroquial, donde pensamos equivocadamente que van a venir.

¿Nos interesa acompañarlos? ¿Dónde y a qué hora los podemos encontrar?

Oído abierto y corazón misericordioso para favorecer el crecimiento

Al acompañamiento iremos con un oído abierto y un corazón atento. La pedagogía que promovamos entre ellos recogerá sus motivaciones y

vivencias actuales. La confianza que se construya permitirá sugerir interrogantes que los ayuden a abrirse y a profundizar en los temas que subyacen o fueron presentados en instancias anteriores.

Los agentes tendrán que ser fundamentalmente testigos que compartan su andar y aprendizajes, y que ya hayan sido iluminados por la fe. A los jóvenes les ayuda no sólo saber “qué”, sino “cómo”, y siempre en tono de propuesta e invitación. Las sugerencias o recomendaciones que se hagan no pueden olvidar la comprensión que los novios tengan de sí, y la historia que acompaña sus deseos.

No es bueno pensar que todo lo vivido por nosotros puede y debería ser aplicado directa y automáticamente en aquellos a quienes queremos servir. En algunas situaciones, enriquece y purifica el apostolado darse algún tiempo de oración para una determinada ayuda, invocando la asistencia del Espíritu Santo. De ese modo, podemos permitirnos hacer alguna sugerencia o recomendación que respete su verdad y posibilidades.

La pregunta por la vocación y su seguimiento brotará con mayor naturalidad del corazón de los novios, cuando se descubran amados y confirmados por Dios, la Iglesia y su propia familia. Experimentado el amor incondicional de Dios, avanzada la sanación de las heridas, carencias y ausencias eclesiales y familiares, surgirá la dinámica de la vocación, que se deberá fortalecer y desplegar en el tiempo.

2.3.- PREPARACIÓN INMEDIATA AL MATRIMONIO

En general, se cree que la preparación al matrimonio se tiene que dar desde el momento en el que los novios deciden poner fecha a la celebración del sacramento. Lo dicho en los capítulos anteriores coloca y amplía la preparación con anterioridad a tal decisión (preparación remota y mediata).

Llamamos **preparación inmediata** al tiempo que va desde la elección y decisión de la vida sacramental, hasta la celebración de la boda. Ella es inmediata y anterior a la celebración litúrgica del sacramento del Matrimonio.

Como tercer momento de una larga preparación, debería ser una etapa para ahondar especialmente en algunos temas propiamente matrimoniales, y abordar los aspectos litúrgicos de la celebración de la boda. Pero, habitualmente, los novios que se acercan a nuestras comunidades lo hacen con poco tiempo de antelación, manifestando carencias de sentido, y sin la suficiente fe y entendimiento cristiano de la vida matrimonial como sacramento.

Además de replantear cómo se lleva adelante la acogida de los novios que se acercan para definir una fecha, tendremos que imaginar itinerarios más largos para quienes pidan a la Iglesia celebrar el sacramento del Matrimonio.

El presupuesto de la fe en los novios

La acogida y recepción de los novios, por momentos olvidada o descuidada en las secretarías parroquiales, es la primera y oportuna instancia para compartir las motivaciones que tienen los novios al pedir el sacramento del Matrimonio.

Es verdad que se necesita un tiempo más extenso para conocerlos como novios y a cada uno individualmente; más aún si queremos aproximarnos a la constitución de su relación. Favorecerá al proceso de acompañamiento conocer si tienen algún vínculo con la Iglesia, si pertenecen a alguna de sus instituciones, o si han tenido ya alguna preparación espiritual previa.

La secretaria parroquial, los sacerdotes o equipos prematrimoniales que intervengan en el primer encuentro o recepción de los novios,

desempeñan un papel muy importante en su acompañamiento, cuidado e integración en la vida comunitaria.

Lejos de los papeles y las cuestiones administrativas, serán los gestos, las palabras, el tiempo y la alegría, los que señalen el verdadero y fiel compromiso de la Iglesia en el anuncio de la buena noticia del matrimonio y la familia.

Conviene no prejuizar a los novios en la primera entrevista, y menos aún, si no les hemos dado el suficiente tiempo para el diálogo y conocimiento mutuo. La historia, los anhelos profundos y los sentimientos verdaderos no aparecen en una entrevista apurada, tensa, distante y sin interés y compromiso real.

Aquellos que llegaron a nuestras comunidades se sienten movidos ya, de algún modo, por un deseo. ¡Se acercaron! Tenemos que reconocer que no los fuimos a buscar, que tampoco salimos antes a su encuentro para contribuir en su camino e historia de pareja. Y, aunque se los vea frágiles y tengamos que fortalecerlos o ayudarlos en la purificación de su deseo, han venido en busca de contención y empatía.

Entre quienes llegan a preguntar por la celebración del matrimonio, vienen jóvenes que desde hace mucho tiempo no se acercan a la Iglesia; y alguno de ellos posiblemente guarde dolor por la desatención o mala atención eclesial sentida en otro momento de su vida. Volvieron. La Iglesia tiene otra oportunidad.

Cada pareja de novios que se acerca a la comunidad eclesial está motivada por un deseo religioso y de fe, que estará dispuesta a compartir si le concedemos tiempo. Allí nace una gran oportunidad evangelizadora. Pero ¿quiénes son estos jóvenes que se acercaron? ¡Conozcámoslos!

¿Cómo ayudarlos en su crecimiento cristiano? Escuchémoslos y descubramos el camino que hicieron, su experiencia de fe y sus aprendizajes de pareja.

Diálogo abierto y discernimiento vocacional

Conviene observar y advertir si los novios que quieren dar el paso sacramental lo entienden como una respuesta de fe a una vocación.

Esto permitirá conocer cuál es el grado de adhesión a la fe que ellos tienen. Y cuál es el grado de conocimiento que tienen sobre el matrimonio, entendido como un don del uno hacia al otro, para sanar y alegrar sus vidas. Estamos ante elementos significativos e importantes en orden a la mencionada validez del acto sacramental.

El diálogo comprometido y perseverante con los novios posibilitará que aquellos que se han acercado con niveles importantes de inmadurez, y no muestran el sentido de la fe necesario para avanzar en la celebración, puedan hacer un itinerario que resignifique la decisión anterior.

Iniciemos en la vida de la fe a esos novios que, con buena intención, se acercan a las parroquias, para que su decisión ayude a trascender el naturalismo que puede envolver sus vidas, aunque digan querer celebrar el sacramento del Matrimonio.

No temamos proponer a los novios que inviten a Jesús a la fiesta de su vida y relación. Propongámosles probar “el buen vino”²⁰. Difícilmente nos digan que no.

¿Y si nos renovamos interiormente y como comunidad para hacerlo?

Al, 72. [...] El matrimonio es una vocación, en cuanto que es una respuesta al llamado específico a vivir el amor conyugal como signo imperfecto del amor entre Cristo y la Iglesia. Por lo tanto, la decisión de casarse y de crear una familia debe ser fruto de un discernimiento vocacional.

²⁰ Cf. Jn 2, 1.10

Más allá del día de la boda

A lo largo de la preparación y el acompañamiento prematrimonial, los candidatos al sacramento profundizarán en la comprensión de su opción como la consagración del vínculo, que los unirá y que comprometerá la vida con carácter de exclusividad, reciprocidad, donación y fidelidad.

Al, 211. Tanto la preparación próxima como el acompañamiento más prolongado, deben asegurar que los novios no vean el casamiento como el final del camino, sino que asuman el matrimonio como una vocación que los lanza hacia adelante, con la firme y realista decisión de atravesar juntos todas las pruebas y momentos difíciles. [...]

¿En qué consiste la pastoral prematrimonial?

La pastoral prematrimonial es un camino marcado por la cercanía y el acompañamiento de novios concretos, con nombre y apellido, y con historias de amor que los preceden y fundan, o que interpelan la relación actual. Y es también una catequesis que deberá llevar a los novios a comprender y descubrir el don y la tarea de la vida y el compromiso sacramental.

Ellos mismos tendrían que tener un suficiente conocimiento y valoración del camino recorrido hasta la preparación inmediata. La lectura de su historia y sus vivencias debería verse confirmada con la paz y alegría del corazón. Así, podrán abrirse y entrar en otro tiempo del vínculo, que les implicará nuevos y mayores compromisos, y un deseo más intenso de ser virtuosos en el modo de amarse.

Expresiones y signos de maduración

La comunidad eclesial comprometida en el acompañamiento y la preparación inmediata se verá expectante de algunas expresiones y

signos de ese proceso madurativo, iluminado por la fe cristiana. Algunos de ellos:

- *Confianza en la acción de la gracia*, que obrará creativamente en las distintas formas de tratarse y vincularse, y que los hará fecundos en los compromisos y la apertura al amor.
- *Imaginar y desear la fecundidad en los hijos* en paz y como un don, más allá del momento de su llegada. Al optar por el matrimonio con una considerable madurez, los novios tendrían que mostrarse serenos y disponerse para recibir –en el tiempo oportuno y como fruto de un discernimiento– la vida de un hijo.
- *Conversar sobre la factibilidad de adoptar un hijo ante el impedimento de concebir*; hacerlo sería un acto de amor: regalar una familia a quien no la tiene.
- *Compromiso social*: los novios descubrirán que su consagración sacramental, además de los dones y frutos que otorga a los esposos cristianos, y de la fecundidad a la que los llama, los convoca al servicio de la caridad en los hermanos de la comunidad eclesial a la que pertenecen (parroquia, colegio, barrio, movimiento, amigos), especialmente en los más pobres.
- *Integración en la comunidad eclesial*: si el acompañamiento prematrimonial fue asumido por un buen protagonismo de los laicos y de los equipos pastorales, cabe pensar una natural integración en la vida de la comunidad, que se mostró alegre y comprometida con ellos. La familiaridad y el afecto ofrecidos en tiempos de la preparación favorecerán la posibilidad o no de su continuidad entre ellos.
- *Conciencia y voluntad suficiente* para ejercitar la capacidad de amar que Dios les ha dado y que la gracia sabe y quiere perfeccionar. Así,

el consentimiento matrimonial expresa elección, decisión (voluntad) y una misma fidelidad en situaciones tan distintas del camino y la realidad conyugal (salud y enfermedad, riqueza y pobreza, hijo discapacitado o incapacidad para concebir, etc.).

- *Mirarse con paz y ofrecerse perdón*: el camino matrimonial los encontrará necesitados de perdón y misericordia mutuos. A lo largo del noviazgo es de esperar que hayan podido conocerse y aceptarse mutuamente, y ensayado el camino del reencuentro, que sana y los reconcilia en la paz del corazón.

Estar atentos, acompañar con responsabilidad

La ausencia de tales signos podría mostrar carencias o una cierta y notoria inmadurez para la celebración sacramental. En esos casos, convendrá advertir de ello a los novios, y estimularlos a continuar ese proceso formativo y espiritual, que sea conducente al deseo que los acercó a la Iglesia para pedir el sacramento del Matrimonio.

La Iglesia tiene la responsabilidad de señalar a tiempo tal inmadurez y desalentar, al menos momentáneamente, la celebración sacramental.

Al, 211. [...] La pastoral prematrimonial y la pastoral matrimonial deben ser ante todo una pastoral del vínculo, donde se aporten elementos que ayuden tanto a madurar el amor como a superar los momentos duros. Estos aportes no son únicamente convicciones doctrinales, ni siquiera pueden reducirse a los preciosos recursos espirituales que siempre ofrece la Iglesia, sino que también deben ser caminos prácticos, consejos bien encarnados, tácticas tomadas de la experiencia, orientaciones psicológicas. Todo esto configura una pedagogía del amor que no puede ignorar la sensibilidad actual de los jóvenes, en orden a movilizarlos interiormente. A su vez, en la preparación de los novios, debe ser posible indicarles lugares y personas, consultorías o familias disponibles, donde puedan acudir en busca de ayuda cuando surjan dificultades. Pero nunca hay que olvidar la propuesta de la Reconciliación sacramental, que permite colocar los

pecados y los errores de la vida pasada, y de la misma relación, bajo el influjo del perdón misericordioso de Dios y de su fuerza sanadora.

La celebración de la boda

La celebración de la boda será, en medio de la comunidad, una oportunidad imperdible para anunciar a otros esta buena noticia. Los novios, al consagrarse, se vuelven testigos de un camino alegremente vivido y abierto al futuro, confiados en la fecundidad de la gracia.

Sin embargo, el agobio y agotamiento previos a la fiesta de casamiento posponen y sabotean, en algunos casos, el inicio de la vida matrimonial entendida y vivida en toda su riqueza.

Al, 212. La preparación próxima al matrimonio tiende a concentrarse en las invitaciones, la vestimenta, la fiesta y los innumerables detalles que consumen tanto el presupuesto como las energías y la alegría. Los novios llegan agobiados y agotados al casamiento, en lugar de dedicar las mejores fuerzas a prepararse como pareja para el gran paso que van a dar juntos. [...]

Al, 213. En la preparación más inmediata es importante iluminar a los novios para vivir con mucha hondura la celebración litúrgica, ayudándoles a percibir y vivir el sentido de cada gesto. Recordemos que un compromiso tan grande como el que expresa el consentimiento matrimonial, y la unión de los cuerpos que consuma el matrimonio, cuando se trata de dos bautizados, sólo pueden interpretarse como signos del amor del Hijo de Dios hecho carne y unido con su Iglesia en alianza de amor. En los bautizados, las palabras y los gestos se convierten en un lenguaje elocuente de la fe. El cuerpo, con los significados que Dios ha querido infundirle al crearlo «se convierte en el lenguaje de los ministros del sacramento, conscientes de que en el pacto conyugal se manifiesta y se realiza el misterio».

Al, 214. A veces, los novios no perciben el peso teológico y espiritual del consentimiento, que ilumina el significado de todos los gestos posteriores. [...] El sentido del consentimiento muestra que «libertad y fidelidad no se oponen, más bien se sostienen mutuamente, tanto en las relaciones interpersonales, como en

las sociales. Efectivamente, pensemos en los daños que producen, en la civilización de la comunicación global, la inflación de promesas incumplidas [...] El honor de la palabra dada, la fidelidad a la promesa, no se pueden comprar ni vender. No se pueden imponer con la fuerza, pero tampoco custodiar sin sacrificio».

La relación de noviazgo, en esta etapa, debería tener, como fruto del tiempo compartido, un suficiente conocimiento de la otra persona y de sí misma, y un esperanzado crecimiento humano y espiritual. En este camino, la espiritualidad de cada uno madura, se profundiza y crece en la fe compartida, que se traduce en oración común.

Al, 216. También se puede meditar con las lecturas bíblicas y enriquecer la comprensión de los anillos que se intercambian, o de otros signos que formen parte del rito. Pero no sería bueno que se llegue al casamiento sin haber orado juntos, el uno por el otro, pidiendo ayuda a Dios para ser fieles y generosos, preguntándole juntos a Dios qué es lo que él espera de ellos, e incluso consagrando su amor ante una imagen de María. Quienes los acompañen en la preparación del matrimonio deberían orientarlos para que sepan vivir esos momentos de oración que pueden hacerles mucho bien. «La liturgia nupcial es un evento único, que se vive en el contexto familiar y social de una fiesta. Jesús inició sus milagros en el banquete de bodas de Caná: el vino bueno del milagro del Señor, que anima el nacimiento de una nueva familia, es el vino nuevo de la Alianza de Cristo con los hombres y mujeres de todos los tiempos [...] Generalmente, el celebrante tiene la oportunidad de dirigirse a una asamblea compuesta de personas que participan poco en la vida eclesial o que pertenecen a otra confesión cristiana o comunidad religiosa. Por lo tanto, se trata de una ocasión imperdible para anunciar el Evangelio de Cristo».

Tercera Parte

Matrimonios consagrados y anclados en el amor misericordioso

3.1.- ACOMPAÑAR A LOS MATRIMONIOS

La Iglesia fue, es y será testigo del deseo y compromiso sacramental de numerosos hijos.

Tan valioso es el matrimonio cristiano, que *Amoris laetitia* propone a la comunidad eclesial renovar el fervor y la creatividad, no sólo en el anuncio y la presentación del don que conlleva, sino, además, en el necesario acompañamiento humano y espiritual que estimule su maduración.

Al, 87. «[...] La Iglesia es un bien para la familia, la familia es un bien para la Iglesia. Custodiar este don sacramental del Señor corresponde no sólo a la familia individualmente sino a toda la comunidad cristiana».

Desfilan ante nuestros ojos matrimonios jóvenes y no tan jóvenes, deseosos, y muchas veces predispuestos, pero caminando solos o sin el estímulo y la referencia testimonial de “matrimonios hermanos”.

La vida matrimonial, entendida como un sacramento, no sólo nos remite al interior de la relación dinámica y virtuosa de los mismos esposos, sino también a aquello que es imprescindible para alcanzar la plenitud matrimonial: su dimensión comunitaria y social.

En el corazón de esta vocación, se arraiga la esperanza de una relación de ayuda mutua entre los mismos matrimonios. El testimonio que dan los

matrimonios sacramentados pone de manifiesto de un modo concreto la presencia y el auxilio de la gracia de Dios, que obra entre los mismos cónyuges.

Pastoral matrimonial en clave de acompañamiento

La Exhortación nos sitúa ante el desafío de abrir caminos nuevos para una renovada pastoral familiar, centrada, sobre todo, en el acompañamiento de los matrimonios.

En el capítulo sexto de *Amoris laetitia*, el papa Francisco plantea la necesidad de construir nuevos caminos pastorales.

Al, 199. [...] Serán las distintas comunidades quienes deberán elaborar propuestas más prácticas y eficaces, que tengan en cuenta tanto las enseñanzas de la Iglesia como las necesidades y los desafíos locales. Sin pretender presentar aquí una pastoral de la familia, quiero detenerme sólo a recoger algunos de los grandes desafíos pastorales.

Se nos ofrecen allí algunas ideas al modo de perspectivas pastorales generales, que pueden ayudarnos a delinear, en lo concreto, propuestas y líneas de acción en nuestras comunidades. Las líneas, que ofrecemos ahora, no pretenden agotar lo que sería el diseño de un camino completo de acompañamiento de los matrimonios, y mucho menos de toda una pastoral familiar.

Como afirma también el papa Francisco²¹, se trata de pasar de una preocupación genérica por la familia, a un esfuerzo evangelizador y catequístico, dirigido a las familias, para que estas puedan ser cada vez más protagonistas activos de la pastoral familiar.

²¹ Cf. *Al*, 202.

AI, 200. [...] La Iglesia quiere llegar a las familias con humilde comprensión, y su deseo «es acompañar a cada una y a todas las familias para que puedan descubrir la mejor manera de superar las dificultades que se encuentran en su camino». No basta incorporar una genérica preocupación por la familia en los grandes proyectos pastorales [...].

La comunidad cristiana como matriz del acompañamiento

La comunidad cristiana, en su conjunto, asume la responsabilidad como matriz del acompañamiento. No sólo a la familia considerada individualmente, sino a toda la comunidad cristiana le compete la custodia del don sacramental del Señor.

Son diversos los ámbitos de acompañamiento: las parroquias, los movimientos, las escuelas y distintas instituciones de la Iglesia. Esa acción pastoral se realiza también de familia a familia, y en ella es muy valiosa la experiencia, la vivencia y el testimonio de las familias que acompañan.

La parroquia es un ámbito privilegiado de acompañamiento, en la medida en que ella sea abierta, con dinamismo misionero, y en salida hacia las familias. La comunidad parroquial, que reúne diferentes realidades familiares, es la primera expresión eclesial a la que le compete este servicio trascendente. Está llamada a ser “familia de familias”.

Los movimientos y las asociaciones, que enriquecen con sus variados carismas la vida de la Iglesia, aportarán sus distintas y diversas instancias de participación y comunión, abriendo sus puertas a los matrimonios de la comunidad parroquial que se acerquen y necesiten de ellos, para que se alimenten y sostengan en la esperanza.

A la parroquia y los movimientos eclesiales, que tienen el carisma de la vida matrimonial y familiar, se los llama a descubrir nuevos ámbitos de comunión y servicio, para un mejor y generoso cuidado de los esposos.

Es así como la parroquia encontrará en los movimientos un valioso aporte para una pastoral familiar, procurando diseñar con ellos una pastoral familiar parroquial, que ponga la mirada en todas las familias del lugar.

Amoris laetitia nos motiva a diseñar una pastoral familiar regional, diocesana y parroquial, que se abra a nuevas instancias de servicio, proponiéndose llegar orgánicamente y con prontitud a las familias de las periferias existenciales.

Al, 229. Las parroquias, los movimientos, las escuelas y otras instituciones de la Iglesia pueden desplegar diversas mediaciones para cuidar y reavivar a las familias. Por ejemplo, a través de recursos como: reuniones de matrimonios vecinos o amigos, retiros breves para matrimonios, charlas de especialistas sobre problemáticas muy concretas de la vida familiar, centros de asesoramiento matrimonial, agentes misioneros orientados a conversar con los matrimonios sobre sus dificultades y anhelos, consultorías sobre diferentes situaciones familiares (adicciones, infidelidad, violencia familiar), espacios de espiritualidad, talleres de formación para padres con hijos problemáticos, asambleas familiares. La secretaría parroquial debería contar con la posibilidad de acoger con cordialidad y de atender las urgencias familiares, o de derivar fácilmente hacia quienes puedan ayudarles. También hay un apoyo pastoral que se da en los grupos de matrimonios, tanto de servicio o de misión, de oración, de formación, o de apoyo mutuo. Estos grupos brindan la ocasión de dar, de vivir la apertura de la familia a los demás, de compartir la fe, pero al mismo tiempo son un medio para fortalecer al matrimonio y hacerlo crecer.

Los matrimonios y las familias necesitan, en su proceso madurativo y en el fiel aprendizaje de sus compromisos, el acompañamiento amoroso de la Iglesia madre, especialmente de quienes han elegido servir a las familias. Ellos no sólo no pueden estar ausentes, sino que tienen la misión confiada por el mismo Señor de alentar y sostener a sus hermanos, y que ellos aprendan a su vez a sostener, cuidar y acompañar a otros.

El papa Francisco nos invita a que, con humildad y realismo, hagamos una revisión de cómo hemos desarrollado este servicio a las personas y a las familias. Nos recuerda que, a veces, nos hemos apartado de presentar las convicciones cristianas, y al mismo tiempo nos señala que, en distintas situaciones, no acertamos en el modo de tratarlas.

Además, nos dice que no hemos estado lo suficientemente presentes para acompañar a los matrimonios²², especialmente a los más jóvenes, cuando van advirtiendo los desafíos y el significado del matrimonio.

AI, 36. Al mismo tiempo tenemos que ser humildes y realistas, para reconocer que a veces nuestro modo de presentar las convicciones cristianas, y la forma de tratar a las personas, han ayudado a provocar lo que hoy lamentamos, por lo cual nos corresponde una saludable reacción de autocrítica. Por otra parte, con frecuencia presentamos el matrimonio de tal manera que su fin unitivo, el llamado a crecer en el amor y el ideal de ayuda mutua, quedó opacado por un acento casi excluyente en el deber de la procreación. Tampoco hemos hecho un buen acompañamiento de los nuevos matrimonios en sus primeros años, con propuestas que se adapten a sus horarios, a sus lenguajes, a sus inquietudes más concretas. Otras veces, hemos presentado un ideal teológico del matrimonio demasiado abstracto, casi artificiosamente construido, lejano de la situación concreta y de las posibilidades efectivas de las familias reales. Esta idealización excesiva, sobre todo cuando no hemos despertado la confianza en la gracia, no ha hecho que el matrimonio sea más deseable y atractivo, sino todo lo contrario.

AI, 223. Los Padres sinodales han indicado que «los primeros años de matrimonio son un período vital y delicado durante el cual los cónyuges crecen en la conciencia de los desafíos y del significado del matrimonio. De aquí la exigencia de un acompañamiento pastoral que continúe después de la celebración del sacramento (cf. *Familiaris consortio*, 3ª parte). Resulta de gran importancia en esta pastoral la presencia de esposos con experiencia. La parroquia se considera el lugar donde los cónyuges expertos pueden ofrecer su disponibilidad a ayudar a los más jóvenes, con el eventual apoyo de asociaciones,

²² Cf. AI, 52.

movimientos eclesiales y nuevas comunidades. Hay que alentar a los esposos a una actitud fundamental de acogida del gran don de los hijos. [...]

Actualizar el anuncio y la comprensión del *kerygma*

Los recursos señalados, presentados con atrayente creatividad, tienen que poner en el centro del encuentro con los matrimonios el anuncio del *kerygma*; es decir, la experiencia de Jesús y de su amor que nos salva. Esto es el corazón del Evangelio y el fundamento de la predicación cristiana. Y a ello debe hacerse referencia desde el noviazgo como preparación para el matrimonio.

El mismo anuncio tendrá que ser presentado en toda su riqueza, y con una necesaria “actualización”, que impacte en las expresiones y el lenguaje oportunos. Renovación, creatividad y actualización que saben de tiempos, lugares y personas, y los asumen. Nos compete, en cada encuentro pastoral, imaginar cómo presentarlo de manera adecuada.

Cada vez que la Iglesia presenta el *kerygma* a los matrimonios en su itinerario cristiano, estará ofreciendo la verdadera motivación, comprensión y sentido de la vida matrimonial. Su traducción ofrecerá alegría al descubrir, en cada etapa matrimonial, cómo el Señor sale de modos concretos al encuentro de los esposos cristianos, con el deseo de permanecer en ellos y asistirlos en su humanidad. El don de la gracia asiste a los esposos cristianos, que cargan con sus cruces y caídas, sus dolores y ofensas, o cuando se descubren comprometidos con las fragilidades de su propia familia y las de los demás.

Al, 73. [...] El sacramento no es una «cosa» o una «fuerza», porque en realidad Cristo mismo «mediante el sacramento del matrimonio, sale al encuentro de los esposos cristianos (cf. *Gaudium et spes*, 48). Permanece con ellos, les da la fuerza de seguirle tomando su cruz, de levantarse después de sus caídas, de perdonarse mutuamente, de llevar unos las cargas de los otros». El matrimonio cristiano es

un signo que no sólo indica cuánto amó Cristo a su Iglesia en la Alianza sellada en la cruz, sino que hace presente ese amor en la comunión de los esposos. [...]

A la hora de anunciar el *kerygma*, no podemos desentendernos del contexto cultural y las situaciones sociales y familiares diversas.

Actualizar este anuncio conlleva un cambio de lenguaje que sea capaz de hacer comprensible lo atractivo que es, y poner de manifiesto su riqueza y belleza: *“nada hay más sólido, más profundo, más seguro, más denso y más sabio que ese anuncio. Toda formación cristiana es ante todo la profundización del kerigma”*²³.

Con base en tales criterios, la perspectiva fundamental para el desarrollo de la pastoral familiar y en especial para el acompañamiento concreto de los matrimonios tendrá en cuenta, además:

- Las diversas etapas de la vida matrimonial, incluidos los momentos de crisis.
- Se trata de una pastoral del vínculo, que ha de poner de manifiesto el don y la plenitud del amor humano.
- Supone un proceso de aprendizaje y de crecimiento, que se corresponda con una pedagogía del amor, y que ayude a hacer cada vez más pleno el vínculo del amor.
- La realidad de la gracia del sacramento, mediante la cual el mismo Cristo sale al encuentro de los esposos cristianos, “permanece con ellos, les da la fuerza para seguir tomando su cruz, de levantarse

²³ *Al*, 58.

después de sus caídas, de perdonarse mutuamente, y de llevar unos las cargas de los otros”²⁴.

Acompañados e iluminados por la luminosidad del *kerygma*, los esposos cristianos descubrirán, en el propio camino matrimonial, que el amor humano alcanza una capacidad y una significación nuevas.

AI, 121. El matrimonio es un signo precioso, porque «cuando un hombre y una mujer celebran el sacramento del matrimonio, Dios, por decirlo así, se “refleja” en ellos, imprime en ellos los propios rasgos y el carácter indeleble de su amor. [...] Esto tiene consecuencias muy concretas y cotidianas, porque los esposos, «en virtud del sacramento, son investidos de una auténtica misión, para que puedan hacer visible, a partir de las cosas sencillas, ordinarias, el amor con el que Cristo ama a su Iglesia, que sigue entregando la vida por ella».

Compete a los agentes de pastoral familiar anunciar y ayudar a profundizar y vivenciar el *kerygma* en las distintas etapas y momentos que los matrimonios atraviesan.

Formar agentes y equipos pastorales

La Exhortación nos habla de aquellos que preparan y acompañan a los matrimonios, y de su formación: los agentes pastorales (laicos y ministros ordenados). A ellos se los ha de dotar de instrumentos apropiados, y se los capacitará para estar abiertos a una formación continua.

¿Qué características tiene que tener la formación y el servicio de los equipos pastorales?

²⁴ AI, 73.

- Orientados especialmente a la formación de **agentes laicos** de la pastoral familiar, con acento en la escucha y en el acompañamiento humano y espiritual de los matrimonios y las familias.
- Promotores de **una pastoral orgánica, de conjunto, interactiva** (parroquial o diocesana), con directa y explícita implicación en la vida de las familias.
- **Capacitados pastoralmente**, en vista de situaciones derivadas de casos de violencia doméstica y abuso sexual, etc. Alentarán instancias formativas, basadas en el contacto y la relación directa con los matrimonios y las familias, además de las académicas.
- Priorizarán el valor fundamental de la dirección espiritual, de los inestimables **recursos espirituales de la Iglesia**, y de la Reconciliación sacramental.
- Enriquecidos por una **formación interdisciplinar**, que cuente con la ayuda de médicos, psicopedagogos, abogados, etc., con apertura a las ciencias sociales.
- Habrá que entenderlos en un **sentido integral**, teniendo especialmente en cuenta que, en algunos casos, acompañarán verdaderos **procesos de iniciación cristiana**.

Al, 204. Las respuestas a las consultas también expresan con insistencia la necesidad de la formación de agentes laicos de pastoral familiar con ayuda de psicopedagogos, médicos de familia, médicos comunitarios, asistentes sociales, abogados de minoridad y familia, con apertura a recibir los aportes de la psicología, la sociología, la sexología, e incluso el *counseling*. Los profesionales, en especial quienes tienen experiencia de acompañamiento, ayudan a encarnar las propuestas pastorales en las situaciones reales y en las inquietudes concretas de las familias. [...]Una buena capacitación pastoral es importante «sobre todo a la vista de las situaciones particulares de emergencia derivadas de los casos de

violencia doméstica y el abuso sexual». Todo esto de ninguna manera disminuye, sino que complementa, el valor fundamental de la dirección espiritual, de los inestimables recursos espirituales de la Iglesia y de la Reconciliación sacramental.

La formación de seminaristas y ministros ordenados

En las respuestas de la Conferencia Episcopal Argentina a las consultas enviadas durante el camino sinodal, se ha podido ver y destacar que a los ministros ordenados les suele faltar formación adecuada para tratar los complejos problemas actuales de las familias. Y se planteó, además, la necesidad de formar durante el seminario a los jóvenes que se preparan para el ministerio sacerdotal en temas de familia. Ambos temas han sido subrayados por los laicos que trabajan en la pastoral familiar, y retomados luego en la Exhortación. En esta, el papa Francisco recomienda a los seminaristas y ministros ordenados una humilde, sana y natural disposición para prepararse en este servicio, asumiendo de un modo renovado su propio itinerario familiar y vincular.

AI, 202. [...] Junto con una pastoral específicamente orientada a las familias, se nos plantea la necesidad de «una formación más adecuada de los presbíteros, los diáconos, los religiosos y las religiosas, los catequistas y otros agentes pastorales». En las respuestas a las consultas enviadas a todo el mundo, se ha destacado que a los ministros ordenados les suele faltar formación adecuada para tratar los complejos problemas actuales de las familias. [...]

AI, 203. [...] Algunos (seminaristas) llevan sobre sus vidas la experiencia de su propia familia herida, con ausencia de padres y con inestabilidad emocional. Habrá que garantizar durante la formación una maduración para que los futuros ministros posean el equilibrio psíquico que su tarea les exige. Los vínculos familiares son fundamentales para fortalecer la sana autoestima de los seminaristas. Por ello es importante que las familias acompañen todo el proceso del seminario y del sacerdocio, ya que ayudan a fortalecerlo de un modo realista. [...]

Familias cristianas: principales actores de la pastoral familiar

Es necesario afianzar la función insustituible que tiene la familia cristiana como protagonista de la pastoral familiar, y descubrir cómo se debería concretar la proyección pastoral de esa función.

¿Cómo motivar a los matrimonios cristianos para que descubran y vivan con mayor conciencia y compromiso el testimonio del don y la gracia recibidos?

¿Cómo promover, entre los matrimonios jóvenes y adultos, la participación en la pastoral familiar de la Iglesia, a fin de contar con un número suficiente de agentes para la misión que se nos propone?

Por la gracia del sacramento nupcial, las familias cristianas son los principales actores de la pastoral familiar. Ellas dan un testimonio gozoso, que motiva a que otros matrimonios y familias experimenten que el Evangelio de la familia es alegría, que llena el corazón y la vida entera, que libera del aislamiento. No podemos olvidar que muchas crisis se producen, justamente, por el encierro y el aislamiento.

Es una acción pastoral de la Iglesia, que se realiza de familia a familia, en la que es muy importante la experiencia, la vivencia, el testimonio de las familias que acompañan.

La Iglesia que predica sobre la familia es signo de contradicción en este contexto sociocultural. Ella ofrece a los matrimonios motivaciones para apostar por un amor fuerte, sólido y duradero.

Al, 200. [...] «se trata de hacer experimentar que el Evangelio de la familia es alegría que “llena el corazón y la vida entera”, porque en Cristo somos “liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento” (*Evangelii gaudium*, 1). A la luz de la parábola del sembrador (cf. Mt 13, 3-9), nuestra tarea es cooperar en la siembra: lo demás es obra de Dios. Tampoco hay que olvidar que la Iglesia que predica sobre la familia es signo de contradicción», pero los matrimonios agradecen que los pastores les ofrezcan motivaciones para una

valiente apuesta por un amor fuerte, sólido, duradero, capaz de hacer frente a todo lo que se le cruce por delante.

Es necesaria una conversión misionera de la Iglesia. No podemos quedarnos en un anuncio teórico, desvinculado de los problemas reales de las familias que tenemos cerca. La principal tarea de la pastoral familiar es hacer experimentar que el evangelio de la familia responde a las expectativas más profundas de la persona humana, y a su realización plena en comunión y fecundidad²⁵.

Al, 201. [...] «[...] No se trata solamente de presentar una normativa, sino de proponer valores, respondiendo a la necesidad que se constata hoy, incluso en los países más secularizados, de tales valores». También «se ha subrayado la necesidad de una evangelización que denuncie con franqueza los condicionamientos culturales, sociales, políticos y económicos, como el espacio excesivo concedido a la lógica de mercado, que impiden una auténtica vida familiar, determinando discriminaciones, pobreza, exclusiones y violencia. Para ello, hay que entablar un diálogo y una cooperación con las estructuras sociales, así como alentar y sostener a los laicos que se comprometen, como cristianos, en el ámbito cultural y sociopolítico».

3.2.- FECUNDIDAD FAMILIAR: LOS HIJOS Y ADULTOS MAYORES

3.2.1.- LOS HIJOS

La vida de los esposos es una participación en la obra fecunda de Dios. Es su amor el que los hace partícipes y co-creadores del sueño que Dios tiene con la creación de la familia humana.

²⁵ Cf. *Al*, 201.

La misma vida bautismal, que se fue desplegando hasta llegar a su expresión matrimonial, se presenta ahora ante los esposos para invitarlos a abrirse al don de una nueva vida: los hijos.

El hijo reclama nacer de ese amor, y no de cualquier manera, ya que él no es un derecho, sino un don.

El niño que llega no viene de fuera a añadirse al amor mutuo de los esposos, sino que brota del corazón mismo de ese don recíproco, del que es fruto y cumplimiento. Los hijos son signos de unidad conyugal.

AI, 80. El matrimonio es en primer lugar una «íntima comunidad conyugal de vida y amor», que constituye un bien para los mismos esposos, y la sexualidad «está ordenada al amor conyugal del hombre y la mujer». Por eso, también «los esposos a los que Dios no ha concedido tener hijos pueden llevar una vida conyugal plena de sentido, humana y cristianamente». No obstante, esta unión está ordenada a la generación «por su propio carácter natural». El niño que llega «no viene de fuera a añadirse al amor mutuo de los esposos; brota del corazón mismo de ese don recíproco, del que es fruto y cumplimiento». No aparece como el final de un proceso, sino que está presente desde el inicio del amor como una característica esencial que no puede ser negada sin mutilar al mismo amor. [...]

El amor que se vuelve fecundo se expresa en una mayor intimidad y comunión conyugal, en la procreación y educación de los hijos y su aporte a la sociedad. Por tanto, los esposos a los que Dios no ha concedido tener hijos, pueden llevar una vida plena de sentido, humana y cristianamente.

Conviene resaltar lo que se afirma en la Exhortación del Papa:

AI, 80. [...] Desde el comienzo, el amor rechaza todo impulso de cerrarse en sí mismo y se abre a una fecundidad que lo prolonga más allá de su existencia. Entonces, ningún acto genital de los esposos puede negar este significado, aunque por diversas razones no siempre pueda de hecho engendrar una nueva vida.

Así, los hijos llegan a la vida familiar como un regalo de Dios, que brota de la dimensión más gratuita del amor, y que no deja de sorprendernos. Ellos son llamados a la vida antes de haber hecho algo para merecerlo.

Al, 166. La familia es el ámbito no sólo de la generación sino de la acogida de la vida que llega como regalo de Dios. Cada nueva vida «nos permite descubrir la dimensión más gratuita del amor, que jamás deja de sorprendernos. Es la belleza de ser amados antes: los hijos son amados antes de que lleguen». Esto nos refleja el primado del amor de Dios que siempre toma la iniciativa, porque los hijos «son amados antes de haber hecho algo para merecerlo». Sin embargo, «numerosos niños desde el inicio son rechazados, abandonados, les roban su infancia y su futuro. Alguno se atreve a decir, casi para justificarse, que fue un error hacer que vinieran al mundo. ¡Esto es vergonzoso! [...] ¿Qué hacemos con las solemnes declaraciones de los derechos humanos o de los derechos del niño, si luego castigamos a los niños por los errores de los adultos?». Si un niño llega al mundo en circunstancias no deseadas, los padres, u otros miembros de la familia, deben hacer todo lo posible por aceptarlo como don de Dios y por asumir la responsabilidad de acogerlo con apertura y cariño. Porque «cuando se trata de los niños que vienen al mundo, ningún sacrificio de los adultos será considerado demasiado costoso o demasiado grande, con tal de evitar que un niño piense que es un error, que no vale nada y que ha sido abandonado a las heridas de la vida y a la prepotencia de los hombres». El don de un nuevo hijo, que el Señor confía a papá y mamá, comienza con la acogida, prosigue con la custodia a lo largo de la vida terrena y tiene como destino final el gozo de la vida eterna. Una mirada serena hacia el cumplimiento último de la persona humana, hará a los padres todavía más conscientes del precioso don que les ha sido confiado. En efecto, a ellos les ha concedido Dios elegir el nombre con el que él llamará a cada uno de sus hijos por toda la eternidad.

La Iglesia mira con alegría, gratitud y esperanza a las familias numerosas, valorando su testimonio de generosidad, y alienta a los esposos a un modo sabio y responsable de hacer uso de su libertad inviolable.

Al, 167. Las familias numerosas son una alegría para la Iglesia. En ellas, el amor expresa su fecundidad generosa. Esto no implica olvidar una sana advertencia de san Juan Pablo II, cuando explicaba que la paternidad responsable no es “procreación ilimitada o falta de conciencia de lo que implica educar a los hijos, sino más bien la facultad que los esposos tienen de usar su libertad inviolable de modo sabio y responsable, teniendo en cuenta tanto las realidades sociales y demográficas, como su propia situación y sus deseos legítimos”.

El papa Francisco se refiere en su Exhortación a la adopción de los niños por parte de los matrimonios: *“La opción de la adopción y de la acogida expresa una fecundidad particular de la experiencia conyugal”*²⁶.

Quienes han dado ya este paso, entienden que la adopción *es una forma particular* de empezar a ser familia, y que trae, a su vez, una gran bendición a los esposos.

Al, 179. La adopción es un camino para realizar la maternidad y la paternidad de una manera muy generosa, y quiero alentar a quienes no pueden tener hijos a que sean magnánimos y abran su amor matrimonial para recibir a quienes están privados de un adecuado contexto familiar. Nunca se arrepentirán de haber sido generosos. Adoptar es el acto de amor de regalar una familia a quien no la tiene. Es importante insistir en que la legislación pueda facilitar los trámites de adopción, sobre todo en los casos de hijos no deseados, en orden a prevenir el aborto o el abandono. Los que asumen el desafío de adoptar y acogen a una persona de manera incondicional y gratuita, se convierten en mediaciones de ese amor de Dios que dice: «Aunque tu madre te olvidase, yo jamás te olvidaría» (Is 45, 9).

Asimismo, la Iglesia agradece y quiere sostener, con su pastoral familiar, a quienes han concebido y reciben con generosidad en el hogar a niños que necesitan de una especial atención.

²⁶ Al, 82.

Al, 82. [...] Con particular gratitud, la Iglesia «sostiene a las familias que acogen, educan y rodean con su afecto a los hijos diversamente hábiles».

3.2.2.- LOS ADULTOS MAYORES Y LOS ANCIANOS

El primer núcleo familiar, formado por los padres y los hijos, se enriquece en el intercambio con la familia ampliada (hermanos, tíos, primos). Allí, los adultos mayores y los ancianos guardan un lugar particular en la configuración de las relaciones existentes entre los miembros de la familia grande.

Ellos ayudan a no romper el lazo con la historia. Suelen ser los que transmiten los grandes valores a sus propios nietos, y a los niños del barrio. Saben ayudar y servir a las familias con su carisma de “puente”.

Todos los miembros de una familia misionera son misioneros, y cuando los niños ven en sus padres y abuelos ese testimonio, lo viven de manera natural y así aprenden.

La comunidad eclesial y las mismas familias a las que pertenecen deben ofrecer a los adultos mayores y ancianos un ámbito donde puedan vivir un contexto de serenidad y espíritu familiar.

Así como ellos no dejan de nutrir a sus familias con su espiritualidad y sabiduría, tenemos que ocuparnos de fortalecer su espiritualidad, alentando en ellos la conciencia de que ellos son “hijos amados y valiosos”, además de otorgarles el justo valor, que los renueve en la alegría. Esa conciencia sanará aquellas heridas que aún siguen sin sanar y les quitan la paz.

Reiteradas veces fuimos movidos por las palabras del Santo Padre sobre el desafío que tiene la Iglesia de enfrentar la cultura del descarte. Los abuelos y ancianos son parte viva de un pueblo y de una cultura.

Y en sus catequesis supo preguntar a los presentes: *¿Ustedes escuchan a los abuelos?, ¿le abren el corazón a la memoria que nos dan los abuelos? Los abuelos son la sabiduría de la familia, la sabiduría de un pueblo, y un pueblo*

*que no escucha a los abuelos es un pueblo que muere. Hay que escuchar a los abuelos*²⁷.

¡Necesitamos de su sabiduría para no morir!

La Iglesia se empobrece cuando no reconoce su vitalidad, capacidad y voluntad de evangelizar y misionar. En reiteradas ocasiones los ubicamos en roles pasivos, y preparamos para ellos sólo propuestas en donde “reciben”, en vez de promoverlos para que puedan “dar de sí mismos lo que son y tienen para dar”.

Beneficiará notoriamente a la pastoral familiar que se los redescubra, imaginándolos en distintos y variados servicios que reclaman su presencia y testimonio. Ocuparán activamente en sus propias familias y comunidades el lugar y el rol que no siempre supimos darles.

Nos cabe una urgente reflexión y estímulo para hacer que ellos vuelvan, con renovado fervor, al corazón de la pastoral familiar. A esto se refiere *Evangelii gaudium (La alegría del Evangelio)* cuando nos habla de una conversión misionera.

¿Qué ámbitos oportunos podemos reconocer para los adultos mayores y ancianos en la pastoral familiar de la Iglesia? Señalemos algunos servicios pastorales que ellos pueden llevar adelante, o en los que pueden colaborar:

- Salir al encuentro de las familias del barrio, de los novios y de los matrimonios jóvenes.
- Acompañar e iluminar las crisis de los matrimonios: sus dudas, dificultades, angustias y desalientos.
- Ministerio de la escucha: alentar en valores.
- Integrar equipos de consultorías familiares.

²⁷ PAPA FRANCISCO, *Discurso en la Jornada Mundial de las Familias*, 26 de octubre de 2013.

- Acompañar a matrimonios: por ejemplo, de católico con agnóstico, o cuando uno de ellos está alejado de la vida cristiana.
- Promover la oración en los hogares y entre las familias.
- Visitar a los matrimonios más jóvenes y confirmarlos en el compromiso.
- Contribuir, a través de la escucha, en procesos de sanación, reconciliación y mediación, y promover el perdón de las ofensas recibidas.
- Acercar a quienes necesitan de un acompañamiento específico al equipo de pastoral familiar de la parroquia.

3.3.- CUIDAR E INTEGRAR LA FRAGILIDAD DE LOS MATRIMONIOS Y LAS FAMILIAS

El acompañamiento de los matrimonios, al que nos referimos aquí, contempla los diversos caminos y procesos de vida que experimentan los hijos de la Iglesia en la reciprocidad de sus vínculos. *Amoris laetitia* nos invita a transitar una nueva etapa, en la que prestemos particular interés y atención a la realidad, a veces incompleta y frágil, de quienes aún no han acogido de manera plena la invitación del Señor, o de aquellos que no han sabido o podido vivirla fielmente. A todos, el Señor vuelve a llamarlos, y a la comunidad le pide que los acompañe, los cuide y los integre a la gran familia eclesial.

El capítulo octavo de la Exhortación apostólica plantea los desafíos pastorales que se presentan a la Iglesia en la fragilidad y complejidad de

las diversas situaciones por las que atraviesa la realidad matrimonial. En esas páginas, quiere orientar a los matrimonios y las parejas, y también a los agentes pastorales y ministros, brindándoles valiosos criterios de discernimiento para un acompañamiento pastoral adecuado y evangélico.

El papa Francisco, en *Amoris laetitia*, recoge la reflexión del camino sinodal, destacando, en primer lugar, que la buena noticia del matrimonio y la familia será siempre el horizonte y la referencia para el diálogo y discernimiento pastoral.

Sin embargo, en el camino cotidiano de los matrimonios conviven: promesa y fidelidad, fragilidad y misericordia, deseo de plenitud y humanidad herida, carencias humanas y carencias espirituales, comunidad y aislamiento, pobreza y desatención.

Para acercarse respetuosamente a la fragilidad humana, cuidarla y acompañarla hacia una vivencia más plena del proyecto amoroso que Dios tiene para todos sus hijos, la Exhortación del papa Francisco brinda criterios evangélicos muy valiosos, en una conveniente y adecuada pastoral de la misericordia.

La comunidad eclesial tiene la misión de acompañar, con más atención, a aquellos hijos suyos que se descubren frágiles en su compromiso matrimonial, y desean dar una respuesta de mayor seguimiento al Señor. Para ello, la Iglesia les brindará un itinerario de maduración integral, que enriquezca su participación en la vida de la comunidad.

Esta nueva etapa pastoral, que nos propone el papa Francisco, nos interpela a toda la comunidad eclesial a salir al encuentro también de todos aquellos que buscan al Señor, aun de manera no tan explícita.

Es muy importante comprender bien el espíritu, los criterios, las orientaciones y recomendaciones que el papa Francisco propone en su Exhortación, para una pastoral de la misericordia, de la que todos tenemos mucha necesidad.

Se trata de aplicar el espíritu del Señor Jesús “*que vino a buscar y a salvar lo que estaba perdido*” (Lc 19,20), recordando que en nuestra vida “todo es gracia”.

Acompañar, discernir e integrar

La Iglesia mira con amor a quienes participan en su vida de modo incompleto, afirmando que también en ellos obra la gracia.

Y aunque la Iglesia siempre invita a una respuesta más plena a Dios, ella debe acompañar con más atención a sus hijos más frágiles.

Al, 291. Los Padres sinodales han expresado que, aunque la Iglesia entiende que toda ruptura del vínculo matrimonial «va contra la voluntad de Dios, también es consciente de la fragilidad de muchos de sus hijos». Iluminada por la mirada de Jesucristo, «mira con amor a quienes participan en su vida de modo incompleto, reconociendo que la gracia de Dios también obra en sus vidas, dándoles la valentía para hacer el bien, para hacerse cargo con amor el uno del otro y estar al servicio de la comunidad en la que viven y trabajan». [...] Aunque siempre propone la perfección e invita a una respuesta más plena a Dios, «la Iglesia debe acompañar con atención y cuidado a sus hijos más frágiles, marcados por el amor herido y extraviado, dándoles de nuevo confianza y esperanza, como la luz del faro de un puerto o de una antorcha llevada en medio de la gente para iluminar a quienes han perdido el rumbo o se encuentran en medio de la tempestad». No olvidemos que, a menudo, la tarea de la Iglesia se asemeja a la de un hospital de campaña.

Matrimonio cristiano y otras formas

El matrimonio cristiano se realiza plenamente en la unión entre un varón y una mujer, mediante la donación recíproca, el amor exclusivo y una libre fidelidad, hasta la muerte; abiertos a la comunicación de la vida;

consagrados por el sacramento, siendo una iglesia doméstica llamada a ser fermento en la sociedad con su vida nueva.

No podemos negar que existen formas de unión x que contradicen este ideal. Sin embargo, algunas de estas formas también lo realizan al menos de modo parcial o análogo. La Iglesia no deja de valorar en esas situaciones todo aquello positivo que tenga el camino que están recorriendo; aun cuando no corresponda todavía con ese ideal o no pueda ya corresponder con la enseñanza sobre el matrimonio²⁸.

Distinguir, discernir situaciones y realidades

Un matrimonio civil o de mera convivencia que se distinga por: una estabilidad notable, un vínculo público, un afecto profundo, responsabilidad sobre sus hijos y capacidad para superar pruebas, puede ser una ocasión para que, mediante un acompañamiento, evolucione hacia el sacramento del Matrimonio.

A los pastores les compete discernir las situaciones, e identificar los elementos que favorezcan una mayor apertura al Evangelio y su crecimiento humano y espiritual²⁹.

Criterios para discernir situaciones llamadas “irregulares”

Amoris laetitia nos recuerda que el camino de la Iglesia es el camino de Jesús, que es de misericordia e integración, y en tal sentido nos presenta algunos criterios para acompañar y discernir aquellas situaciones llamadas “irregulares”:

- No se debe condenar a nadie para siempre.

²⁸ *Al*, 292.

²⁹ *Al*, 293.

- Debemos evitar hacer juicios que no toman en cuenta la complejidad de la situación.
- Contemplemos y atendamos al modo en que las personas viven y sufren a causa de su condición.
- Procuraremos abrir el corazón e integrar a todos.
- Recibamos y acojamos con amor. Esta acogida los alentará a entregar con humildad su situación a Jesús. Los alentará a sentirse parte de la Iglesia y a buscar a Jesús desde su realidad.
- Ayudemos a cada uno a encontrar su propia manera de participar y servir en la vida de la comunidad eclesial.

Al, 296. «[...] El camino de la Iglesia, desde el concilio de Jerusalén en adelante, es siempre el camino de Jesús, el de la misericordia y de la integración [...] El camino de la Iglesia es el de no condenar a nadie para siempre y difundir la misericordia de Dios a todas las personas que la piden con corazón sincero [...]». Entonces, «hay que evitar los juicios que no toman en cuenta la complejidad de las diversas situaciones, y hay que estar atentos al modo en que las personas viven y sufren a causa de su condición».

Al, 297. Se trata de integrar a todos, se debe ayudar a cada uno a encontrar su propia manera de participar en la comunidad eclesial, para que se sienta objeto de una misericordia «inmerecida, incondicional y gratuita». Nadie puede ser condenado para siempre, porque esa no es la lógica del Evangelio. No me refiero sólo a los divorciados en nueva unión sino a todos, en cualquier situación en que se encuentren. [...]

Situaciones de los divorciados en nueva unión

La ruptura y dificultad para continuar un vínculo matrimonial suele ser, en la vida de cualquier persona, un motivo de dolor, frustración, tristeza o desaliento.

La separación y el divorcio tienen efectos no sólo en los mismos esposos sino también en sus hijos, si los hubiera. La sociedad y la Iglesia se resienten ante esta realidad, que pone de manifiesto la dificultad en la continuidad del vínculo.

Algunas personas divorciadas han decidido comenzar una nueva unión, cada una de ellas con motivaciones y en circunstancias distintas. Se nos propone aquí un acercamiento y acompañamiento respetuoso, que los aliente a un responsable discernimiento personal y pastoral.

No son pocos los divorciados en una nueva unión que han caminado fielmente en el tiempo, algunos de ellos con nuevos hijos, a quienes no dudaron en proponerles la vida y el compromiso cristianos.

Diversas son las situaciones que subyacen y acompañan a tales historias. Ante situaciones difícilmente reversibles cabe acompañarlos, fortalecerlos, ayudarlos a sanar heridas y a crecer e integrarlos con misericordia y paz en la comunidad.

Hemos sido testigos de otros que han hecho grandes esfuerzos para salvar el primer matrimonio, y sufrieron un abandono injusto.

Tratamos además con algunos que han contraído una segunda unión en vista a la educación de los hijos.

No es lo mismo cuando una nueva unión viene de un reciente divorcio, con todas las consecuencias de sufrimiento y de confusión, que afectan a los hijos y a familias enteras; o la situación de alguien que, reiteradamente, ha fallado a sus compromisos familiares. Este no es el ideal que el Evangelio propone para el matrimonio y la familia.

Al, 298. Los divorciados en nueva unión, por ejemplo, pueden encontrarse en situaciones muy diferentes, que no han de ser catalogadas o encerradas en afirmaciones demasiado rígidas sin dejar lugar a un adecuado discernimiento personal y pastoral. Existe el caso de una segunda unión consolidada en el tiempo, con nuevos hijos, con probada fidelidad, entrega generosa, compromiso

cristiano, conocimiento de la irregularidad de su situación y gran dificultad para volver atrás sin sentir en conciencia que se cae en nuevas culpas. La Iglesia reconoce situaciones en que «cuando el hombre y la mujer, por motivos serios, – como, por ejemplo, la educación de los hijos– no pueden cumplir la obligación de la separación». También está el caso de los que han hecho grandes esfuerzos para salvar el primer matrimonio y sufrieron un abandono injusto, o el de «los que han contraído una segunda unión en vista a la educación de los hijos, y a veces están subjetivamente seguros en conciencia de que el precedente matrimonio, irreparablemente destruido, no había sido nunca válido». Pero otra cosa es una nueva unión que viene de un reciente divorcio, con todas las consecuencias de sufrimiento y de confusión que afectan a los hijos y a familias enteras, o la situación de alguien que reiteradamente ha fallado a sus compromisos familiares. Debe quedar claro que este no es el ideal que el Evangelio propone para el matrimonio y la familia. Los Padres sinodales han expresado que el discernimiento de los pastores siempre debe hacerse «distinguiendo adecuadamente» con una mirada que «discierna bien las situaciones». Sabemos que no existen «recetas sencillas».

En la pastoral familiar, los pastores (ministros ordenados y laicos) tendrán que discernir y distinguir, adecuadamente, cada una de las situaciones, sabiendo que no existen “recetas sencillas”. Es necesaria la escucha y el acompañamiento. *“Cuando lo hacemos, la vida siempre se nos complica maravillosamente y vivimos la intensa experiencia de ser pueblo, de pertenecer a un pueblo”*³⁰.

Nuevo aliento a un responsable discernimiento

El papa Francisco nos dice que la innumerable diversidad de situaciones no permite la redacción de una nueva normativa general, que sirva de pauta para ser aplicada a todos los casos por igual.

³⁰ *Evangelii Gaudium*, 270.

En lo que respecta al acompañamiento matrimonial, sólo cabe un nuevo aliento a un responsable discernimiento personal y pastoral.

Es importante entender que el grado de responsabilidad con relación al pasado y las recomendaciones espirituales apropiadas para el futuro del vínculo matrimonial no son iguales en todos los casos.

Al, 300. Si se tiene en cuenta la innumerable diversidad de situaciones concretas, como las que mencionamos antes, puede comprenderse que no debía esperarse del Sínodo o de esta Exhortación una nueva normativa general de tipo canónica, aplicable a todos los casos. Sólo cabe un nuevo aliento a un responsable discernimiento personal y pastoral de los casos particulares, que debería reconocer que, puesto que «el grado de responsabilidad no es igual en todos los casos», las consecuencias o efectos de una norma no necesariamente deben ser siempre las mismas. [...]

Los presbíteros tienen la tarea de acompañar a las personas que manifiesten un sincero interés en el camino del discernimiento, de acuerdo con las enseñanzas de la Iglesia, y con aquellas orientaciones que el Obispo del lugar haya dado al respecto.

El camino del discernimiento pide:

- **A los divorciados y vueltos a casar:** humildad para abrir el corazón y descubrir la voz del Espíritu Santo, que habla en su propia conciencia. Apertura y entrega a un diálogo formativo y espiritual con un sacerdote, que los ayude a disponerse para descubrir cómo seguir a Jesús y a qué los llama; es decir, cuál es su misión particular para el bien de sus hermanos.
- **A los sacerdotes y acompañantes del discernimiento personal y pastoral:** humildad para escuchar con respeto y atención a lo que

Dios va revelando en la persona que es acompañada; actitud y solicitud paterna para acogerla; deseos de sanar y curar las heridas existentes como consecuencias del mismo amor herido; sencillez y paciencia para mostrar propositiva y pedagógicamente el ideal evangélico.

Se trata de un itinerario de acompañamiento y de discernimiento, en el que los sacerdotes orientarán a estos fieles en la toma de conciencia de su situación ante Dios, para que puedan vivir las exigencias de verdad y de caridad del Evangelio.

La conversación con el sacerdote, en la que la persona pone de manifiesto con confianza lo que guarda en su conciencia, contribuye a la formación de un juicio correcto sobre aquello que obstaculiza la posibilidad de una participación más plena en la vida de la Iglesia, y sobre los pasos que pueden favorecerla y hacerla crecer.

Al, 300. [...] Se trata de un itinerario de acompañamiento y de discernimiento que «orienta a estos fieles a la toma de conciencia de su situación ante Dios. La conversación con el sacerdote, en el fuero interno, contribuye a la formación de un juicio correcto sobre aquello que obstaculiza la posibilidad de una participación más plena en la vida de la Iglesia y sobre los pasos que pueden favorecerla y hacerla crecer». [...]

Condiciones que garantizan las exigencias de verdad y de caridad

Se nos plantean algunas recomendaciones y condiciones, que avalan el espíritu de la verdad y del amor cristiano, y motivan el itinerario de discernimiento personal y pastoral: *humildad, reserva, cuidado y amor a la Iglesia y a su enseñanza, búsqueda sincera de la voluntad de Dios y deseo de alcanzar una respuesta a ella más perfecta.*

Al, 300. «[...] Para que esto suceda, deben garantizarse las condiciones necesarias de humildad, reserva, amor a la Iglesia y a su enseñanza, en la búsqueda sincera de la voluntad de Dios y con el deseo de alcanzar una respuesta a ella más perfecta». Estas actitudes son fundamentales para evitar el grave riesgo de mensajes equivocados, como la idea de que algún sacerdote puede conceder rápidamente «excepciones», o de que existen personas que pueden obtener privilegios sacramentales a cambio de favores. Cuando se encuentra una persona responsable y discreta, que no pretende poner sus deseos por encima del bien común de la Iglesia, con un pastor que sabe reconocer la seriedad del asunto que tiene entre manos, se evita el riesgo de que un determinado discernimiento lleve a pensar que la Iglesia sostiene una doble moral.

Atenuantes en el discernimiento pastoral

No debemos pensar que lo presentado en el capítulo octavo de la Exhortación pretende disminuir las exigencias del Evangelio.

Sin embargo, el criterio pastoral que se desprende de los atenuantes en el discernimiento, se encuentra en el n. 301 de la Exhortación del Papa, donde leemos que: *"Por eso, ya no es posible decir que todos los que se encuentran en alguna situación así llamada «irregular» viven en una situación de pecado mortal, privados de la gracia santificante"*.

A veces las personas, aun conociendo bien la norma, pueden tener una gran dificultad para comprender los valores inherentes a ella, o pueden estar en condiciones concretas que no les permiten obrar de manera diferente y tomar otras decisiones sin una nueva culpa.

Al, 301. Para entender de manera adecuada por qué es posible y necesario un discernimiento especial en algunas situaciones llamadas «irregulares», hay una cuestión que debe ser tenida en cuenta siempre, de manera que nunca se piense que se pretenden disminuir las exigencias del Evangelio. La Iglesia posee una sólida reflexión acerca de los condicionamientos y circunstancias atenuantes. Por eso, ya no es posible decir que todos los que se encuentran en alguna

situación así llamada «irregular» viven en una situación de pecado mortal, privados de la gracia santificante. Los límites no tienen que ver solamente con un eventual desconocimiento de la norma. Un sujeto, aun conociendo bien la norma, puede tener una gran dificultad para comprender los valores inherentes a la norma, o puede estar en condiciones concretas que no le permiten obrar de manera diferente y tomar otras decisiones sin una nueva culpa.

Al iniciar el diálogo pastoral, los sacerdotes primeramente tendrán que saber cuál es el conocimiento que las personas implicadas tienen sobre las enseñanzas fundamentales del Evangelio. Quizás sea necesario transmitir primero la riqueza de la Palabra y así disponerlos a la acción de la gracia.

De esta manera, se podrá alentar la maduración de una conciencia iluminada, formada y acompañada por el discernimiento responsable y prudente del pastor, y proponerse una confianza cada vez mayor en la gracia³¹.

El discernimiento debe ayudar a encontrar los posibles caminos de respuesta a Dios, y de crecimiento en medio de los límites. La Iglesia acompañará esta respuesta, fruto de un responsable discernimiento, ofreciendo los recursos espirituales para su maduración cristiana.

AI, 305. Por ello, un pastor no puede sentirse satisfecho sólo aplicando leyes morales a quienes viven en situaciones «irregulares», como si fueran rocas que se lanzan sobre la vida de las personas. [...] En esta misma línea se expresó la Comisión Teológica Internacional: «La ley natural no debería ser presentada como un conjunto ya constituido de reglas que se imponen a priori al sujeto moral, sino que es más bien una fuente de inspiración objetiva para su proceso, eminentemente personal, de toma de decisión». A causa de los condicionamientos o factores atenuantes, es posible que, en medio de una situación objetiva de pecado —que no sea subjetivamente culpable o que no lo sea de modo pleno— se pueda vivir en gracia de Dios, se pueda amar, y también

³¹ AI, 303.

se pueda crecer en la vida de la gracia y la caridad, recibiendo para ello la ayuda de la Iglesia. El discernimiento debe ayudar a encontrar los posibles caminos de respuesta a Dios y de crecimiento en medio de los límites. [...]

En la nota 351 de *Amoris laetitia* el papa Francisco habla de las ayudas que la Iglesia ofrecerá a las personas que lleven adelante tal discernimiento:

Nota 351: En ciertos casos, podría ser también la ayuda de los sacramentos. Por eso, «a los sacerdotes les recuerdo que el confesionario no debe ser una sala de torturas sino el lugar de la misericordia del Señor» [...]. Igualmente destaco que la Eucaristía «no es un premio para los perfectos sino un generoso remedio y un alimento para los débiles» [...].

¿Cómo entender en el servicio a las familias la misericordia pastoral?

La Exhortación del papa Francisco da paz al que encara su vida desde el cumplimiento, descubriéndole que el cumplimiento es fruto del amor. Y, a su vez, ilumina al que la encara desde el amor, para que no olvide que el fruto del amor es la entrega y el cumplimiento de la Palabra.

Reiteramos aquí que, por ello, la Iglesia no debe renunciar a proponer el ideal pleno del matrimonio, el proyecto de Dios en toda su grandeza; y que, cuando acompaña y comprende el amor herido y extraviado, en ningún momento pretende ocultar la luz del ideal del matrimonio.

Así, la Iglesia debe orientarse más a consolidar los matrimonios y a prevenir rupturas, que a una pastoral de fracasos.

Cuando la comunidad cristiana asume la lógica de la compasión con los más frágiles, está asumiendo los mismos criterios del Evangelio. Ella velará y cuidará la integridad de la enseñanza moral y destacará siempre el primado de la caridad.

Al, 307. Para evitar cualquier interpretación desviada, recuerdo que de ninguna manera la Iglesia debe renunciar a proponer el ideal pleno del matrimonio. [...] Comprender las situaciones excepcionales nunca implica ocultar la luz del ideal más pleno ni proponer menos que lo que Jesús ofrece al ser humano. Hoy, más importante que una pastoral de los fracasos es el esfuerzo pastoral para consolidar los matrimonios y así prevenir rupturas.

Al, 308. [...] Los pastores, que proponen a los fieles el ideal pleno del Evangelio y la doctrina de la Iglesia, deben ayudarles también a asumir la lógica de la compasión con los frágiles y a evitar persecuciones o juicios demasiado duros o impacientes. [...]

Al, 311. [...] Si bien es verdad que hay que cuidar la integridad de la enseñanza moral de la Iglesia, siempre se debe poner especial cuidado en destacar y alentar los valores más altos y centrales del Evangelio, particularmente el primado de la caridad como respuesta a la iniciativa gratuita del amor de Dios. [...]

Al, 312. [...] Invito a los fieles que están viviendo situaciones complejas, a que se acerquen con confianza a conversar con sus pastores o con laicos que viven entregados al Señor. [...] E invito a los pastores a escuchar con afecto y serenidad, con el deseo sincero de entrar en el corazón del drama de las personas y de comprender su punto de vista, para ayudarles a vivir mejor y a reconocer su propio lugar en la Iglesia.

Cuarta Parte

MATRIMONIO Y FAMILIA:

PARTICIPACIÓN EN LA VIDA PLENA DEL RESUCITADO

“Cuando llegaron cerca del pueblo adonde iban, Jesús hizo ademán de seguir adelante. Pero ellos le insistieron: «Quédate con nosotros, porque ya es tarde y el día se acaba». Él entró y se quedó con ellos. Y estando a la mesa, tomó el pan y pronunció la bendición; luego lo partió y se lo dio. Entonces los ojos de los discípulos se abrieron y lo reconocieron, pero él había desaparecido de su vista. Y se decían: «¿No ardía acaso nuestro corazón, mientras nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?»”.
(Lc24, 29-32)

4.1.- MATRIMONIO Y FAMILIA: CAMINOS DE SANTIDAD

El texto de Lucas nos habla de la experiencia fecunda y transformadora que viven dos caminantes. Ella encuentra su comprensión más luminosa en un hogar, sentados a la mesa y en un acto tan cotidiano como la fracción del pan, compartido en espíritu de bendición y gratitud.

El matrimonio y la familia son verdaderos caminos de santificación y de crecimiento místico. En ellos acontece la vida de Dios. Y allí, Él nos espera para que lo reconozcamos, lo celebremos gozosamente y lo convirtamos en compañero que ilumina el itinerario matrimonial y familiar.

Matrimonio y familia brotan de la creación divina, que los convierte en un verdadero don de la bondad del Creador. Dios habita allí y nos llama cada día a entrar en comunión con Él y con los demás. Valoremos y cuidemos

esos dones y esa presencia viva del Señor, que se encarnó entre nosotros³².

El amor hace feliz a la familia, alivia los dolores de los esposos y de los demás miembros de la familia, promueve el mutuo cuidado, y los estimula a pedir y a ofrecerse el perdón. Esa constante fuerza de amor, que proviene de la dinámica familiar, es un regalo para la vida de la Iglesia y se convierte en la vía de santidad para sus integrantes.

¡Entremos al camino de la santidad, que se nos abre encada una de nuestras familias!

Y aunque no todos estén llamados a transitar la santidad en el matrimonio, la gran mayoría pertenece a un grupo familiar, y ciertamente todos, a la familia de Jesús.

¡Aprendamos a vivir plenamente los vínculos y lazos de familia!

¡Abramos el corazón y los brazos a quien no tenga familia!

Los esposos y las familias, que acogen el don del amor en sus vidas, experimentan y manifiestan a los demás la belleza que guardan la paternidad y la maternidad, los proyectos y las fatigas compartidos, que van de la mano de tantos deseos y aflicciones.

La donación recíproca es algo bello, que el mundo necesita conocer. Igual que la alegría por la vida que acontece y elegimos cuidar amorosamente en cada uno de los miembros de la familia, desde los más pequeños a los más ancianos. En esos momentos “arde en nosotros el corazón” –como en Emaús–.

Ese ardor se hace misión en la vocación familiar, ampliando el círculo virtuoso del amor. Por ello, la santidad del amor familiar impacta virtuosa y vigorosamente en la convivencia social y eclesial.

³² *Al*, 61.

AI, 88. El amor vivido en las familias es una fuerza constante para la vida de la Iglesia. «El fin unitivo del matrimonio es una llamada constante a acrecentar y profundizar este amor. En su unión de amor los esposos experimentan la belleza de la paternidad y la maternidad; comparten proyectos y fatigas, deseos y aficiones; aprenden a cuidarse el uno al otro y a perdonarse mutuamente. En este amor celebran sus momentos felices y se apoyan en los episodios difíciles de su historia de vida [...]. La belleza del don recíproco y gratuito, la alegría por la vida que nace y el cuidado amoroso de todos sus miembros, desde los pequeños a los ancianos, son sólo algunos de los frutos que hacen única e insustituible la respuesta a la vocación de la familia», tanto para la Iglesia como para la sociedad entera.

El más noble y verdadero camino de santificación se hace sentir de manera imprevisible y en situaciones misteriosas. El don y la fuerza del amor impulsarán la ofrenda generosa de nuestra vida, mediante gestos de misericordia y de perdón, aun en situaciones desiguales y aparentemente apáticas, que suceden en la vida matrimonial y familiar.

AI, 228. [...] De todos modos, amar al cónyuge incrédulo, darle felicidad, aliviar sus sufrimientos y compartir la vida con él es un verdadero camino de santificación. Por otra parte, el amor es un don de Dios, y allí donde se derrama hace sentir su fuerza transformadora, de maneras a veces misteriosas, hasta el punto de que «el marido no creyente queda santificado por la mujer, y la mujer no creyente queda santificada por el marido creyente» (1 Co 7,14).

Tenemos que redescubrir el valor de la comunión familiar, como una dimensión del verdadero camino de santificación cotidiana. Nos cambia la mirada si entendemos que las vivencias entre los hermanos o con los demás miembros de la comunidad familiar, que son muchas veces exigentes, son siempre una ocasión para que aprendamos a abrir más y más el corazón, y nos encontremos con Jesús más plenamente.

Al, 316. Una comunión familiar bien vivida es un verdadero camino de santificación en la vida ordinaria y de crecimiento místico, un medio para la unión íntima con Dios. Porque las exigencias fraternas y comunitarias de la vida en familia son una ocasión para abrir más y más el corazón, y eso hace posible un encuentro con el Señor cada vez más pleno. [...]

4.2.- ESPITIRUALIDAD HECHA DE GESTOS REALES Y CONCRETOS

La espiritualidad matrimonial y familiar está hecha de miles de gestos reales y concretos

Amoris laetitia insiste en señalarnos a la familia y su dinámica ordinaria y cotidiana como el lugar para vivir la comunión con Dios y experimentarlo como camino de santidad.

Sí, es así. La espiritualidad matrimonial, a la que son llamados los esposos, madura en la realidad cotidiana que viven los cónyuges, en la medida en que la descubran como camino de fidelidad a Dios, que es quien los ha llamado a la plenitud mediante el amor conyugal y familiar. El núcleo de su compromiso pastoral y social será pues la santidad con la que los esposos y las familias viven sus vínculos.

La Iglesia viene afirmando claramente esto en sus documentos. El Concilio Vaticano II decía que la espiritualidad de los laicos “*debe asumir características peculiares por razón del estado de matrimonio y de familia y que las preocupaciones familiares no deben ser algo ajeno a su estilo de vida espiritual*”³³. Hoy en *Amoris laetitia* leemos que “*la Trinidad vive íntimamente en el amor conyugal que le da gloria*”³⁴.

³³ Al, 313.

³⁴ Al, 314.

Mujeres y hombres de todos los tiempos, no sólo los contemporáneos de la Sagrada Familia de Nazaret, se han escandalizado y han encontrado dificultad en reconocer que Dios mismo se haya encarnado; y que sea ese mismo misterio el que nos marque la vida y el seguimiento fiel a Jesús, en los hechos reales, concretos y cotidianos.

Nos resistimos a aceptar que lo humano sea el lugar de la alabanza y gloria a Dios. Sin embargo, Dios amó tanto la condición humana que la asumió, haciendo que se convierta en una ocasión favorable para poder entrar en comunión con Él.

La llegada del Hijo de Dios, nacido en una familia humana como “uno de tantos”, fue abrigada en la pobreza y austeridad de un pesebre. Belén nos coloca ante el misterio de Dios que, para salvarnos, no dudó en venir a un hogar, semejante al que tenemos todos; aunque el suyo fue marcado por la pobreza, como tantos hogares necesitados: el hogar de un trabajador (carpintero); con los condicionamientos impuestos por la marginación (sin hospedaje); la escasez (envuelto en pañales); la falta de comunidad (sin acogida), la necesidad de huir de su tierra natal (migrante), la soledad, etc.

Al, 121. El matrimonio es un signo precioso, porque «cuando un hombre y una mujer celebran el sacramento del matrimonio, Dios, por decirlo así, se “refleja” en ellos, imprime en ellos los propios rasgos y el carácter indeleble de su amor. El matrimonio es la imagen del amor de Dios por nosotros. [...] Esto tiene consecuencias muy concretas y cotidianas, porque los esposos, «en virtud del sacramento, son investidos de una auténtica misión, para que puedan hacer visible, a partir de las cosas sencillas, ordinarias, el amor con el que Cristo ama a su Iglesia, que sigue entregando la vida por ella».

Al, 315. La presencia del Señor habita en la familia real y concreta, con todos sus sufrimientos, luchas, alegrías e intentos cotidianos. Cuando se vive en familia, allí es difícil fingir y mentir, no podemos mostrar una máscara. Si el amor anima esa autenticidad, el Señor reina allí con su gozo y su paz. La espiritualidad del amor

familiar está hecha de miles de gestos reales y concretos. En esa variedad de dones y de encuentros que maduran la comunión, Dios tiene su morada. Esa entrega asocia «a la vez lo humano y lo divino», porque está llena del amor de Dios. En definitiva, la espiritualidad matrimonial es una espiritualidad del vínculo habitado por el amor divino.

El descanso, la fiesta, el gozo, la sexualidad: participación en la vida plena del Resucitado

Dios se unió íntimamente a toda nuestra humanidad, habitándola y expresándonos su amor a través de ella. La espiritualidad matrimonial y familiar cristiana deben poner de manifiesto esa realidad.

Con frecuencia se suele considerar, exclusivamente, que la más honda unión al Misterio de Cristo se vive en el dolor, la enfermedad, la adversidad, etc. Sin embargo, los matrimonios y las familias tienen la oportunidad de vivir y anunciar que la comunión con Jesús se puede vivir también en la experiencia del gozo, el descanso, la sexualidad, la fiesta, o mediante cualquiera de los vínculos familiares (matrimonial, fraterno, filial).

Sin titubear, afirmamos que la Resurrección del Señor es la fuente de la verdadera alegría. En el triunfo de Jesús sobre el pecado y la muerte encontramos el fundamento para vivir en paz y alegría. El Resucitado sale al encuentro de sus amigos, en quienes desata el gozo y la esperanza del encuentro con Él y entre ellos. Y el matrimonio y la familia son el lugar preferencial para experimentar su luminosa cercanía.

La presencia de Jesús resucitado, da un valor especial, otorga claridad y significación a los cauces humanos del afecto, la ternura, los abrazos, el amor erótico, los momentos compartidos con hermanos y amigos, el tiempo dedicado al descanso o al deporte, y a otras celebraciones de familia. El Padre misericordioso decía ante el regreso de su hijo:

“«Comamos y festejemos, porque mi hijo estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y fue encontrado». Y comenzó la fiesta” (Lc 15,24).

La fiesta es una de las expresiones más lindas y propias de la piedad popular que tiene nuestro pueblo sencillo. Nuestro país está bendecido por innumerables advocaciones marianas y de los santos, lugares y fechas significativas que nos reúnen, procesiones adornadas con música y bailes típicos, y distintas celebraciones que suben al cielo como una oración alegre y esperanzada de las familias argentinas, con especial participación de las más pobres.

Fiesta y pertenencia se conjugan en cada acto festivo, en donde las familias son las principales protagonistas del gozo. La fiesta guarda y devuelve año a año la dimensión comunitaria, que las familias tanto necesitan para cuidarse, crecer y ser cada día más fecundas.

En el mismo sentido festivo, *Amoris laetitia* es clara y precisa cuando nos recuerda la riqueza y el alcance de la unión y vida sexual en los esposos. La vida sexual es el lenguaje corporal de amor, que simboliza y significa concretamente la gracia sacramental. La sexualidad plenamente vivida ayuda en el camino de crecimiento de los esposos. Nada más ajeno y lejano a la predicación cristiana que una mirada desconfiada sobre este don, y que pueda desacreditarlo. La dimensión erótica es una expresión de la creación para el bien de las personas en su vínculo de amor.

Al, 74. La unión sexual, vivida de modo humano y santificada por el sacramento, es a su vez camino de crecimiento en la vida de la gracia para los esposos. Es el «misterio nupcial». El valor de la unión de los cuerpos está expresado en las palabras del consentimiento, donde se aceptaron y se entregaron el uno al otro para compartir toda la vida. Esas palabras otorgan un significado a la sexualidad y la liberan de cualquier ambigüedad. Pero, en realidad, toda la vida en común de los esposos, toda la red de relaciones que tejerán entre sí, con sus hijos y con el mundo, estará impregnada y fortalecida por la gracia del sacramento que brota

del misterio de la Encarnación y de la Pascua, donde Dios expresó todo su amor por la humanidad y se unió íntimamente a ella. Nunca estarán solos con sus propias fuerzas para enfrentar los desafíos que se presenten. Ellos están llamados a responder al don de Dios con su empeño, su creatividad, su resistencia y su lucha cotidiana, pero siempre podrán invocar al Espíritu Santo que ha consagrado su unión, para que la gracia recibida se manifieste nuevamente en cada nueva situación.

Al, 152. Entonces, de ninguna manera podemos entender la dimensión erótica del amor como un mal permitido o como un peso a tolerar por el bien de la familia, sino como don de Dios que embellece el encuentro de los esposos. Siendo una pasión sublimada por un amor que admira la dignidad del otro, llega a ser una «plena y limpísima afirmación amorosa», que nos muestra de qué maravillas es capaz el corazón humano y así, por un momento, «se siente que la existencia humana ha sido un éxito».

Al, 317. [...] los momentos de gozo, el descanso o la fiesta, y aun la sexualidad, se experimentan como una participación en la vida plena de su Resurrección. Los cónyuges conforman con diversos gestos cotidianos ese «espacio teologal en el que se puede experimentar la presencia mística del Señor resucitado».

Espiritualidad del amor exclusivo y libre, el anhelo de envejecer y gastarse juntos, reflejando la fidelidad de Dios

Los esposos cristianos, procurando reproducir el amor del Señor, tratarán de pertenecerse por completo el uno al otro como expresión de un amor libre. Tal donación y reciprocidad será la fuente de su espiritualidad y alegría, que fortalece y ayuda a vivir en una mayor y natural armonía.

Y de esta manera, los dos son entre sí el reflejo del amor divino, que siempre está dispuesto a consolar con la palabra, la mirada, la ayuda, la caricia, el abrazo.

Al, 322. Toda la vida de la familia es un «pastoreo» misericordioso. Cada uno, con cuidado, pinta y escribe en la vida del otro: «Vosotros sois nuestra carta, escrita en nuestros corazones [...] no con tinta, sino con el Espíritu de Dios vivo» (2 Co 3,2-3). Cada uno es un «pescador de hombres» (Lc 5,10) que, en el nombre de Jesús, «echa las redes» (cf. Lc 5,5) en los demás, o un labrador que trabaja en esa tierra fresca que son sus seres amados, estimulando lo mejor de ellos. La fecundidad matrimonial implica promover, porque «amar a un ser es esperar de él algo indefinible e imprevisible; y es, al mismo tiempo, proporcionarle de alguna manera el medio de responder a esta espera». Esto es un culto a Dios, porque es él quien sembró muchas cosas buenas en los demás esperando que las hagamos crecer.

La verdadera alianza y pertenencia se dan en la intimidad del corazón donde Dios habita. Allí, en ese lugar y en cada acción que testimonee y exteriorice esa mutua pertenencia, se encontrarán los esposos con Dios y entre sí. Tales expresiones son las que verdaderamente hablan de lo que es amar y saberse amado por Dios y por el otro.

Son muchos los novios cristianos que, en la celebración litúrgica del sacramento del Matrimonio, eligen como texto bíblico el pasaje del libro de Tobías: *“¡Ten misericordia de ella y de mí, y concédenos llegar juntos a la vejez!”* (Tb 8,8).

Cuando los esposos sienten pertenecerse con exclusividad, la cercanía real y efectiva de la gracia los toca y los confirma en la mutua misión de ser signos el uno para el otro.

Al, 319. En el matrimonio se vive también el sentido de pertenecer por completo sólo a una persona. Los esposos asumen el desafío y el anhelo de envejecer y desgastarse juntos y así reflejan la fidelidad de Dios. Esta firme decisión, que marca un estilo de vida, es una «exigencia interior del pacto de amor conyugal», porque «quien no se decide a querer para siempre, es difícil que pueda amar de veras un solo día». Pero esto no tendría sentido espiritual si se tratara sólo de una ley vivida con resignación. Es una pertenencia del corazón, allí donde sólo

Dios ve (cf. Mt 5,28). Cada mañana, al levantarse, se vuelve a tomar ante Dios esta decisión de fidelidad, pase lo que pase a lo largo de la jornada. Y cada uno, cuando va a dormir, espera levantarse para continuar esta aventura, confiando en la ayuda del Señor. Así, cada cónyuge es para el otro signo e instrumento de la cercanía del Señor, que no nos deja solos: «Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo» (Mt 28, 20).

Espiritualidad del cuidado, del consuelo y del estímulo: la dimensión social del amor

La fuerza del amor es capaz de sanar heridas. Es así como el amor de los matrimonios puede sanar las heridas de los abandonados, porque viven entre ellos la exigencia de la donación al otro. Nos referimos a la dimensión social del *kerygma*.

Es el amor matrimonial el que instauro la cultura del encuentro y la lucha por la justicia.

Es ese mismo amor, que tiene como proyecto hacer doméstico el mundo: para que todos lleguen a sentir a cada ser humano como un hermano.

Son las familias abiertas y solidarias las que interpelan la vida social, signada por el desencuentro, las desconfianzas y el descuido de los más pobres y marginados.

Al, 183. Un matrimonio que experimente la fuerza del amor, sabe que ese amor está llamado a sanar las heridas de los abandonados, a instaurar la cultura del encuentro, a luchar por la justicia. Dios ha confiado a la familia el proyecto de hacer «doméstico» el mundo, para que todos lleguen a sentir a cada ser humano como un hermano: «Una mirada atenta a la vida cotidiana de los hombres y mujeres de hoy muestra inmediatamente la necesidad que hay por todos lados de una robusta inyección de espíritu familiar. [...]En cambio, las familias abiertas y solidarias hacen espacio a los pobres, son capaces de tejer una amistad con quienes lo están pasando peor que ellas. Si realmente les importa el Evangelio,

no pueden olvidar lo que dice Jesús: «Que cada vez que lo hicisteis con uno de éstos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis» (Mt 25,40). [...]

¡Cuánto valor y alcance tienen las palabras, los gestos y el testimonio de una familia que presenta a Jesús a los demás! Posiblemente una parte de la sociedad no conocerá otro Evangelio que la vida de esas familias.

Al, 184. Con el testimonio, y también con la palabra, las familias hablan de Jesús a los demás, transmiten la fe, despiertan el deseo de Dios, y muestran la belleza del Evangelio y del estilo de vida que nos propone. Así, los matrimonios cristianos pintan el gris del espacio público llenándolo del color de la fraternidad, de la sensibilidad social, de la defensa de los frágiles, de la fe luminosa, de la esperanza activa. Su fecundidad se amplía y se traduce en miles de maneras de hacer presente el amor de Dios en la sociedad.

¿Qué podemos hacer para recuperar el valor del matrimonio y la familia cristiana como la mejor propuesta para sanar las heridas de la sociedad?

Al, 316. [...] Puesto que «la persona humana tiene una innata y estructural dimensión social», y «la expresión primera y originaria de la dimensión social de la persona es el matrimonio y la familia», la espiritualidad se encarna en la comunión familiar. Entonces, quienes tienen hondos deseos espirituales no deben sentir que la familia la aleja del crecimiento en la vida del Espíritu, sino que es un camino que el Señor utiliza para llevarles a las cumbres de la unión mística.

Al, 321. «Los esposos cristianos son mutuamente para sí, para sus hijos y para los restantes familiares, cooperadores de la gracia y testigos de la fe». Dios los llama a engendrar y a cuidar. Por eso mismo, la familia «ha sido siempre el “hospital” más cercano». Curémonos, contengámonos y estimulémonos unos a otros, y vivámoslo como parte de nuestra espiritualidad familiar. La vida en

pareja es una participación en la obra fecunda de Dios, y cada uno es para el otro una permanente provocación del Espíritu. El amor de Dios se expresa «a través de las palabras vivas y concretas con que el hombre y la mujer se declaran su amor conyugal». Así, los dos son entre sí reflejos del amor divino que consuela con la palabra, la mirada, la ayuda, la caricia, el abrazo. Por eso, «querer formar una familia es animarse a ser parte del sueño de Dios, es animarse a soñar con él, es animarse a construir con él, es animarse a jugarse con él esta historia de construir un mundo donde nadie se sienta solo».

AI, 323. Es una honda experiencia espiritual contemplar a cada ser querido con los ojos de Dios y reconocer a Cristo en él. Esto reclama una disponibilidad gratuita que permita valorar su dignidad. Se puede estar plenamente presente ante el otro si uno se entrega «porque sí», olvidando todo lo que hay alrededor. El ser amado merece toda la atención. Jesús era un modelo porque, cuando alguien se acercaba a conversar con él, detenía su mirada, miraba con amor (cf. Mc 10,21). Nadie se sentía desatendido en su presencia, ya que sus palabras y gestos eran expresión de esta pregunta: «¿Qué quieres que haga por ti?» (Mc 10,51). Eso se vive en medio de la vida cotidiana de la familia. Allí recordamos que esa persona que vive con nosotros lo merece todo, ya que posee una dignidad infinita por ser objeto del amor inmenso del Padre. Así brota la ternura, capaz de «suscitar en el otro el gozo de sentirse amado. Se expresa, en particular, al dirigirse con atención exquisita a los límites del otro, especialmente cuando se presentan de manera evidente».

AI, 324. Bajo el impulso del Espíritu, el núcleo familiar no sólo acoge la vida generándola en su propio seno, sino que se abre, sale de sí para derramar su bien en otros, para cuidarlos y buscar su felicidad. Esta apertura se expresa particularmente en la hospitalidad, alentada por la Palabra de Dios de un modo sugestivo: «no olvidéis la hospitalidad: por ella algunos, sin saberlo, hospedaron a ángeles» (Hb 13,2). Cuando la familia acoge y sale hacia los demás, especialmente hacia los pobres y abandonados, es «símbolo, testimonio y participación de la maternidad de la Iglesia». El amor social, reflejo de la Trinidad, es en realidad lo que unifica el sentido espiritual de la familia y su misión fuera de sí, porque hace presente el *kerygma* con todas sus exigencias comunitarias. La familia vive su espiritualidad propia siendo al mismo tiempo una iglesia doméstica y una célula vital para transformar el mundo.

La oración en familia y el tesoro de la piedad popular

¡Cuánto ayuda la oración a las familias! ¡Qué inconmensurable es su riqueza en la vida familiar! ¡Rezar juntos para vivir la unión matrimonial y familiar en la esperanza que nos da la Pascua de Jesús!

Todos los acontecimientos de la vida matrimonial y familiar tienen eco de eternidad. ¡Todos! Por eso, cada vivencia, necesidad, anhelo, dolor, esperanza, fragilidad, alegría o gozo, es lo que las familias llevarán humildemente a Jesús; “lo llevarán juntos a la oración como familia” para que sea Él quien pueda hablarle al corazón desde esa realidad.

En la humilde y sencilla oración se hace presente la verdad de la vida familiar.

Hablaremos con el Señor, y en Su presencia, también le traeremos lo que pasa entre nosotros. Ese ámbito sagrado se convertirá en un lugar privilegiado de encuentro para unir, sanar, liberar, confiar y esperar.

Juntos, ante el Señor, nos descubrimos más fuertes y con la sabiduría y paz necesarias para caminar el momento que nos toque vivir.

Las imágenes de María, como Madre Nuestra, de San José o de los Santos, y el altar adornado, ante el que la familia se reúne, será en la casa un punto de encuentro, que renueva y alimenta.

Tomados de la mano para rezar, con la bendición de los padres a los hijos, escuchando la Palabra o haciendo un silencio reverente, compartiendo el pan del día que termina, o la harina para amasar el pan del día que va a comenzar, experimentamos que Él sale a nuestro encuentro.

Como en Emaús, reconoceremos a Jesús al volver la mirada sobre los demás familiares y recordar que el corazón “siempre arde” cuando Él se nos descubre en cada momento y vivencia familiar.

Al, 318. La oración en familia es un medio privilegiado para expresar y fortalecer esta fe pascual. Se pueden encontrar unos minutos cada día para estar unidos ante el Señor vivo, decirle las cosas que preocupan, rogar por las necesidades familiares, orar por alguno que esté pasando un momento difícil, pedirle ayuda para amar, darle gracias por la vida y por las cosas buenas, pedirle a la Virgen que proteja con su manto de madre. Con palabras sencillas, ese momento de oración puede hacer muchísimo bien a la familia. Las diversas expresiones de la piedad popular son un tesoro de espiritualidad para muchas familias. El camino comunitario de oración alcanza su culminación participando juntos de la Eucaristía, especialmente en medio del reposo dominical. Jesús llama a la puerta de la familia para compartir con ella la cena eucarística (cf. Ap 3,20). Allí, los esposos pueden volver siempre a sellar la alianza pascual que los ha unido y que refleja la Alianza que Dios selló con la humanidad en la Cruz. La Eucaristía es el sacramento de la nueva Alianza donde se actualiza la acción redentora de Cristo (cf. Lc 22,20). Así se advierten los lazos íntimos que existen entre la vida matrimonial y la Eucaristía. El alimento de la Eucaristía es fuerza y estímulo para vivir cada día la alianza matrimonial como «iglesia doméstica».

4.3.- VIVIR CONSOLADOS Y ALEGRES EN LA ESPERANZA

Contemplar y ser conscientes de la plenitud personal y familiar que no alcanzamos todavía nos permite descubrir y construir progresivamente la madurez a la que somos llamados.

Esta esperanza nos ayuda a relativizar el camino que venimos haciendo como familias, y de esa manera tenemos más paciencia ante las exigencias que nos ponemos, o ante la intolerancia por nuestras propias imperfecciones o por las de los demás.

Ciertamente, aspiramos a vivir las relaciones familiares e interpersonales de manera sana y armoniosa, pero eso es parte de una construcción paciente y responsable, que con la gracia de Dios iremos logrando.

Nacerá así una mirada más comprensiva hacia las fragilidades de los demás. Ellas se convierten, en el espíritu de *Amoris laetitia*, en un lugar de encuentro, signado por la misericordia de Dios, que nos acompaña con realismo, amor y paciencia propias de su modo de amar.

Vayamos al encuentro de toda fragilidad para que sea ella quien nos devuelva la alegría y el gozo de la presencia misericordiosa de Dios, que nos hace suyos en su gran familia.

Al, 325. Las palabras del Maestro (cf. Mt 22,30) y las de san Pablo (cf. 1 Co 7,29-31) sobre el matrimonio, están insertas –no casualmente– en la dimensión última y definitiva de nuestra existencia, que necesitamos recuperar. De ese modo, los matrimonios podrán reconocer el sentido del camino que están recorriendo. Porque, como recordamos varias veces en esta Exhortación, ninguna familia es una realidad celestial y confeccionada de una vez para siempre, sino que requiere una progresiva maduración de su capacidad de amar. Hay un llamado constante que viene de la comunión plena de la Trinidad, de la unión preciosa entre Cristo y su Iglesia, de esa comunidad tan bella que es la familia de Nazaret y de la fraternidad sin manchas que existe entre los santos del cielo. Pero además, contemplar la plenitud que todavía no alcanzamos, nos permite relativizar el recorrido histórico que estamos haciendo como familias, para dejar de exigir a las relaciones interpersonales una perfección, una pureza de intenciones y una coherencia que sólo podremos encontrar en el Reino definitivo. También nos impide juzgar con dureza a quienes viven en condiciones de mucha fragilidad. Todos estamos llamados a mantener viva la tensión hacia un más allá de nosotros mismos y de nuestros límites, y cada familia debe vivir en ese estímulo constante. Caminemos familias, sigamos caminando. Lo que se nos promete es siempre más. No desesperemos por nuestros límites, pero tampoco renunciemos a buscar la plenitud de amor y de comunión que se nos ha prometido.

ÍNDICE

Presentación

PRIMERA PARTE

La alegría de vivir en familia

1.1. Nuestras familias

1.2. Misión evangelizadora del Pueblo de Dios

1.3. Inicio de la vida y vocación familiar

SEGUNDA PARTE

Fundar la familia en el amor

2.1. Preparación remota de la familia

2.1.1. Nuestros niños

2.1.2. Nuestros adolescentes

2.2. Preparación mediata de nuestros jóvenes: el noviazgo

2.3. Preparación inmediata al matrimonio

TERCERA PARTE

Matrimonios consagrados y anclados en el amor misericordioso

3.1. Acompañar a los matrimonios

3.2. Fecundidad familiar: los hijos y adultos mayores

3.2.1. Los hijos

3.2.2. Los adultos mayores y los ancianos

3.3. Cuidar e integrar la fragilidad de los matrimonios y las familias

CUARTA PARTE

Matrimonio y familia: participación en la vida plena del Resucitado

4.1. Matrimonio y familia: caminos de santidad

4.2. Espiritualidad hecha de gestos reales y concretos

4.3. Vivir consolados y alegres en la esperanza